BOLSILIBROS BRUGUERA

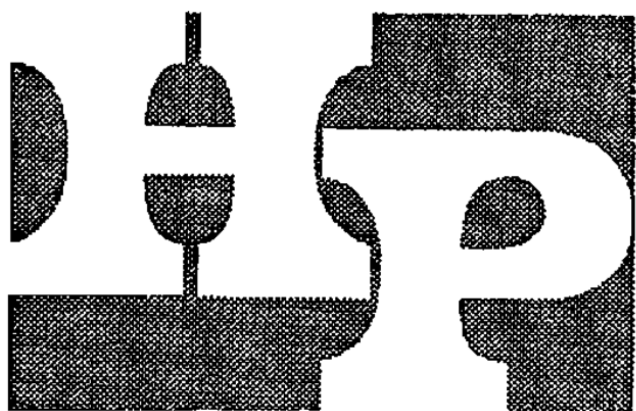
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Keith Luger

UNA CHICA EXPLOSIVA







Héroes de la PRADERA



Keith Luger

UNA CHICA EXPLOSIVA

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 218
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 150-1974

Impreso en España -Printed in Spain

2ª edición: marzo, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Duke Morgan, rubio, de treinta y ocho años, vio abrirse la puerta de su oficina de Gestiones Varias y, antes de saber quién era el visitante, echó mano del revólver del cajón del escritorio.

—Adelante, hermano —dijo, apuntando en aquella dirección.

La puerta se abrió un poco más y asomaron dos cabezas.

Duke arrugó la cara al reconocer a los dos individuos. Tenían las facciones aplastadas como los luchadores. Eran Locky y Rocco, dos vagos que siempre iban a la caza de un dólar.

—¿Dispone de plata, míster? —dijo Locky, y se quitó el sombrero respetuosamente.

Duke Morgan hizo una mueca de impaciencia.

—Sólo tengo cincuenta centavos en el bolsillo, muchachos. Y ya los tengo previstos para comprar mi almuerzo. Carne con cebolla y un vaso de cerveza.

Locky y Rocco se miraron un segundo, desconcertados.

Rocco intervino tras un carraspeo:

—Oiga, señor Morgan. Nos conformaremos con la mitad de lo que lleva. Veinticinco centavos. Con los otros veinticinco podrá comprar un bocadillo de cebolla frita y un vaso de cerveza. Pero tendrá dientes para masticarlo.

Duke arrugó el entrecejo.

—¿De qué dientes hablan, muchachos?

—De los suyos, míster. Hay un tipo en el bar de enfrente que pronto vendrá a hacérselos escupir.

—¿Sí, eh? ¿Quién es?

—Un fulano que quiere cobrar doscientos dólares.

—¿Cobrarme doscientos dólares? —exclamó Morgan, perplejo.

Y de repente rompió a reír.

Locky y Rocco se miraron asombrados ante el súbito buen humor de Duke Morgan.

—Eh, señor Morgan —dijo Rocco—. No es para reírse.

—¡Infiernos, es el mejor chiste de la semana! ¡Un tipo que va a sacarme doscientos dólares! ¿No es algo muy bueno?

—Habló de una deuda.

Morgan arreció en sus carcajadas.

Se asió a los brazos del sillón con ambas manos y se contorsionó de hilaridad.

Rocco se aclaró la voz y volvió a decir:

—El tipo se llama Bob Cath. Y es todo un pedazo de hombre.

Duke dejó de reír en seco.

—¿Bob Cath? ¿Dijiste eso, Rocco?

—Sí, señor Morgan.

—Demonios.

—Por eso puede ver que nuestro consejo no es desacertado. Ese tipo es una especie de máquina picadora de carne. Un elefante. De modo que le dará un mal rato si no le paga.

—¡Qué le voy a pagar, hombre! Estoy viviendo de prestado.

Rocco y Locky asintieron con sendas cabezadas.

Morgan les miró, ceñudo.

—Y lo siento también por vosotros, muchachos. En otras circunstancias os he llamado desde la ventana para que os ganarais un dólar, con tal de quitarme de encima a tipos pesados. Pero ahora sólo hay para mi almuerzo y no puedo renunciar. Anoche solamente cené dos salchichas.

Rocco hizo una mueca de pesar.

—No podemos fiar las faenas, señor Morgan. Conque lo sentimos.

—Eh, un momento, muchachos. Tengo crédito, ¿no?

—Usted es duro de pelar, señor Morgan. Reacio a los pagos.

—Os daré cinco dólares cuando cobre.

—De modo que tendrá pasta dentro de poco, ¿eh?

Morgan asintió, sonriente.

—Tengo algo bueno entre manos. Pero ya tarda un poco.

Rocco acercó su hocico a la oreja arrepollada de Locky y éste escuchó ceñudo.

—Tras el breve conciliábulo, Rocco sonrió con una boca mellada.

—Locky y yo estamos dispuestos a fiarle la faena. Serán cinco

dólares.

—Sois buenos tipos —sonrió Morgan—. Si estuviera de mejor humor, usaría mi labia para alejar a ese estúpido de Bob Cath. Lo conseguiría mejor que vuestros puños. Pero tengo ganas de estar solo, de meditar. Conque detenedlo en la misma acera y que no entre.

—Considere averiada a esa picadora de carne humana, a ese Bob Cath —dijo Rocco—. ¿Vamos, Locky?

Locky fue a seguirlo y de pronto se volvió hacia Morgan.

—Oiga, míster. Le vemos muy preocupado. Además, enseñó el Colt.

Morgan suspiró repiqueteando los dedos sobre el escritorio.

—Es por culpa de ese asunto que ya tarda.

—Si podemos ayudarle…

Morgan sacudió la cabeza.

—No, Locky. Vosotros sólo sabéis de puños.

—Y su asunto es de gatillo, ¿eh?

—Sí, Locky. Siempre hay por el mundo alguien que quiere hacernos un relleno. Por eso tengo que andar con cien ojos ahora que «mi asunto» está al rojo vivo.

Locky encogió los hombros.

—Bueno, que tenga mucha suerte, míster. Y olvídese del elefante. Queda de nuestra cuenta.

Morgan guiñó un ojo.

Cuando los dos sujetos desaparecieron, quedó ceñudo.

Paseó de un lado a otro de la oficina.

No estaba preocupado por Bob Cath. Aquel tarugo recibiría unos golpes y todo quedaría en paz.

Lo que le inquietaba era el negocio que había emprendido. Era algo que podría costarle la piel. Todo había empezado aquel día que…

Interrumpió sus pensamientos al ver abrirse la puerta con violencia.

Dio un salto para atrapar el revólver que tenía sobre la mesa.

Pero se detuvo a medio camino al reconocer al tipo que acababa de colarse en la oficina.

—¡Mac!

El llamado Mac era un fulano de ojos saltones y barba recortada

en punta.

Bailoteó muy asustado por el centro de la oficina.

—¡Duke! ¡Tenemos que largarnos!

—¿Qué estás diciendo?

—¡He visto a un montón de tipos que vienen a por el cuadro!

—Maldito cuadro…

—Aprisa, Duke. Tenemos que atrapar los caballos y salir de Abilene de estampida. O no lo contaremos.

—Esperé que tardaran un poco más —apretó Duke los maxilares.

—Nos agarrarán, Duke. Nos acribillarán…

—Cierra el pico y deja de gritar como una vieja asustada.

Mac pestañeó.

—¿Qué piensas hacer?

—No tardaré en darle solución. A ver, cabecita, piensa, piensa…

El esfuerzo mental de Duke fue cortado por el estruendo de lucha ante su misma puerta.

Bien, lo de Bob Cath y los dos muchachos ya había empezado.

De repente, ocurrió algo sorprendente.

La puerta saltó a punto de arrancarse de cuajo.

Un cuerpo humano entró como un obús.

Se estrelló contra el archivador del fondo y estuvo a pique de reventarlo.

—¡Locky! —exclamó Duke Morgan, incrédulo.

Locky escupió y apuntó a Morgan con un dedo.

—Oiga, míster. Nos equivocamos. Ese tipo es un dinosaurio. Conque tendrá que abonar diez dólares por este trabajo o ahora mismo ordeno a Rocco que abandone.

—Serán diez machacantes, infiernos.

—Ahora se lo diré a Rocco. Está en un cuerpo a cuerpo con el elefantón.

Locky no tuvo tiempo de levantarse para comunicar el aumento a su amigo.

El mismo Rocco entró de repente.

No lo hizo por su propio pie.

Un importante sacudón lo enviaba por los aires.

Al tocar el suelo del despacho, dio un par de vueltas de campana y, finalmente, fue a estrellarse contra la estufa de hierro.

Fue muy desafortunado, porque pió un poco y se desmayó, a

causa del golpe en la cabeza.

Por el hueco entró Bob Cath.

Se trataba de una especie de búfalo, pero con aspecto de hombre. Pasaría de cien kilos. Sus puños eran como cocos. Se le veía enfadado, pero no podía disimular la expresión simpática de su rostro.

Miró con uno de sus ojillos a Duke y lo apuntó con el dedo.

—¿Qué faena ha sido ésta, Duke?

—¡Bob! —exclamó el rubio Morgan.

—Por mandarme a estos chimpancés, ahora mismo te vas a ganar unos cachetes, rubio.

—¡Espera que te explique, Bob!

—Jim Latimer me dijo que no te escuchara. ¿Oyes, rubio?

—Tienes que atenderme, infiernos.

—Jim dijo que no te dejara hablar. No me engatusarás esta vez.

El rubio Morgan arrugó el rostro como si fuera a llorar y asintió con una cabezada.

—Tendrás tu dinero, Bob. El dinero que os debo a ti y a Jim Latimer.

Bob sonrió como los ángeles.

—A eso le llamo yo hablar. —Se inclinó sobre el sorprendido Locky y lo puso en pie—. Hala, hijo; afuera. Van a hablar los hombres.

Y lo envió a través del hueco de la puerta agarrándolo del cuello de la camisa con una mano y de los fondillos del pantalón con la otra.

Hubo un estruendo afuera, pero ya no se tuvieron noticias de Locky.

Como Rocco empezaba a recuperar el conocimiento, Bob lo dejó quedarse en cuclillas.

Luego, le sacudió un patadón en las posaderas y lo envió también a la calle.

Cerró la puerta y se quedó mirando al tipo de la barba en punta.

—¿Quién es este buen hombre, Morgan?

El rubio Duke Morgan reaccionó emitiendo una tosecilla.

—Es de confianza, muchacho. Se trata del profesor Karate.

El tipo de los ojos saltones se quedó de muestra.

El rubio le hizo un guiño, que no vio Bob, y luego agregó con un

carraspeo:

—El profesor Karate es un especialista en obras de arte, acaba de llegar de Boston.

Bob pestañeó boquiabierto ante el supuesto profesor.

—Mucho gusto, señor. Y si quiere un consejo, deje su reloj de oro en la caja fuerte del hotel o este rubio se lo limpiará.

Morgan celebró la salida de Bob con una carcajada teatral.

—¿Ha oído, profesor?

El barbudo Mac tragó saliva y sonrió sin muchas ganas.

Bob suspiró.

—Y ahora que ya están hechas las presentaciones, escupe los doscientos dólares que te prestamos Jim Latimer y yo.

—Jim Latimer. El gran Jim Latimer. ¿Cómo anda mi buen amigo del alma?

—Anda con ganas de exprimirle el pescuezo como un limón. Pero ya me envió a mí para que lo haga si no sueltas la pasta.

El rubio rió discretamente.

—Por fortuna, me pillas en la abundancia. Bob.

—Hola.

—Sí, muchachos. Además de que mis negocios van viento en popa, acabo de recibir una buena noticia del profesor Karate.

—Acertaste al ganador de las carreras en el rodeo de San Ildefonso, ¿eh?

El rubio Duke sonrió.

—No, Bob. Es algo más grato, más emotivo…

—Deja de emocionarte y sacúdete la pasta.

—Lo malo del caso —tosió forzadamente Duke—, es que el banco está ya cerrado a estas horas.

—Infiernos, ya me esperaba esta salida —gruñó Bob—. Pero no saldré sin mi plata de tu cubil.

—Te llevaré el dinero al hotel.

—Nones, rubio.

El rubio Duke emitió un gemido.

—¡Condenación, eres duro como las rocas!

—Las rocas son mantequilla comparadas conmigo, Duke.

Duke hizo un gesto como si fuera a echarse a llorar y, de pronto, agarró el cuadro que reposaba sobre un armario y lo puso en manos de Bob.

—¡Tómalo, Bob! ¡Toma el único tesoro que tengo en casa!

Bob se llevó el cuadro al rostro.

Era un raro modelo grabado en metal.

Representaba cuatro sauces llorones junto a un lago.

En esto el profesor Karate dio un brinco y cayó de rodillas ante el rubio. Empezaba a acompañar en la farsa al rubio.

—¡Por todos los santos, señor Morgan! ¡No haga eso!

—Tengo que hacerlo obligado por mis deudas —dijo el rubio, con acento dramático.

Bob les miró alternativamente.

—Eh, amigos…, ¿qué juego es éste?

—No insista, profesor —decía el rubio.

—¡Pero no puede desprenderse de ese tesoro, señor Morgan!

—Sólo será por unas horas, profesor.

—¡Ni por un minuto!

—El aguafuerte quedará en manos del señor Cath como prenda de la deuda que contraje con él y Jim Latimer.

—¡Tiene un precio demasiado alto para que haga eso, señor Morgan! —gritó el barbudo, representando su papel deleznablemente, pero conseguía impresionar a Bob Cath.

—Ya le he dicho que el aguafuerte quedará solo unos momentos en manos de Cath y Latimer. Hasta que abran el banco y pueda retirar la cantidad que les adeudo. Entonces estos muchachos me devolverán mi aguafuerte.

—¿Aguafuerte? —Pestañeó Bob, perplejo.

—Sí, muchacho. Dije eso. Un aguafuerte valorado en mil dólares. Pero tenéis que devolvérmelo cuando yo obtenga mi plata a cuenta del banco…

—Atiende, aguafiestas. No conseguirás…

—¡Nadie quiere estafarte, Bob! ¡Sólo quiero que tomes eso en prenda y luego, Jim o tú vendréis a por vuestro dinero! ¿Entiendes?

Bob emitió un gruñido dando vueltas al cuadro entre las manos.

—Yo no daría ni un dólar por ese aguafiestas.

—Aguafuerte —corrigió el rubio—. Aguafuerte es una composición artística conseguida a base de una placa de zinc que es atacada por el ácido, por el aguafuerte.

—Eh, Duke. Si tratas de colocarme…

El rubio apretó los dientes.

—Atiende, pedazo de bisonte, no te vendo el aguafuerte. Te lo presto hasta que obtenga vuestros doscientos dólares.

—Algo me decía que estabas en la miseria, Duke. Algo lo decía y no me engañaba. Es esa misma voz que me dice ahora desde dentro: «Pégale una trompada en las narices a ese farsante».

—Se trata de la voz del diablo, Bob —el rubio puso una mano protectora sobre el recio hombro del grandullón—. Óyeme y tendrás parte en este negocio.

—En el negocio del aguacate, ¿eh?

—Aguafuerte. Tú lo guardarás y Jim y tú recibiréis cincuenta dólares más como depositarios.

—Me estás embaucando, Duke. Me lo dice el pecho.

En esto el barbudo comprendió que todo el juego consistía en que el grandullón les sacara el cuadro comprometedor de las manos, y luego recuperarlo realmente. Conque dio un paso adelante.

—¡Señor, Cath! ¡Acepte el privilegio de tener en sus manos una de las obras póstumas del gran Cragg!

—Eh, barbas, digo, profe. ¿Qué quiere significar?

El tipo de la barba en punta se puso la mano en el pecho y exclamó:

—¡Feliz el hombre que puede contemplar la maravillosa obra del aguafiestas Cragg!

—Se refiere al tipo que hizo ese mamarracho en metal.

—¿Qué está diciendo, insensato? ¡Se trata de una de las obras más geniales de Cragg! En su día vendía cada cuadro de éstos en mil dólares. Ya puede calcular lo que valdrá ahora que todo está por las nubes.

—Infiernos, esto me está oliendo a huevo cocido.

El tipo de la barba asió a Bob por los hombros y suplicó:

—Admire esta obra maestra en la quietud de su habitación y comprenderá su arte.

Bob asintió.

—Lo haré.

—¡Albricias! —chilló Mac y, aprovechando que tenía agarrado a Bob por los hombros, lo atrajo hacia sí y le dio un beso en la frente.

—¿Se ha vuelto loco, profe? Repítalo y le arrearé una coz.

Mac rió alzando los brazos.

—¡He aquí al hombre primitivo unido a la más elevada forma de arte! ¡Maravilloso contraste!

Bob miró el aguafuerte y se humedeció los labios.

—¿De veras puede valer eso mil dólares?

—No tiene precio, señor Cath. Lo juro.

Bob emitió un gruñido. De repente soltó una risita.

—Aguardiente. ¿No tiene gracia? Un cuadro pintado con aguardiente.

—Ya le dijo el señor Morgan que no es aguardiente, ni aguafiestas, ni nada que se le parezca. Es aguafuerte. El metal está grabado por un poderoso ácido.

—Sí. Oí que chamulló algo de eso. Pero los indios llaman *whisky*, aguardiente y agua de fuego. Pensé que lo habían grabado con un matarratas de esos que hacen agujeros en el estómago.

Mac soltó una risita entre dientes.

—No, amigo Cath. En el siglo XVII existieron muchos hombres que pintaban sus cuadros con ácido. Para ello no se valían de pinceles ni nada por el estilo. Cubrían estas placas con una capa de cera, la rayaban con un punzón para plasmar en ellas la imagen de su inspiración y, a continuación, sumergían la placa de zinc en un cuenco de cristal batido, donde el ardiente ácido esperaba morder el metal y coadyuvar así a la inspiración del artista.

Bob estaba con las fauces abiertas.

—Infiernos.

Mac cruzó los dedos en un ademán de súplica y gimió:

—¡Procure que no se lo roben mientras lo tiene prestado, señor Cath!

Bob miró al rubio, que estaba muy complacido con la actuación del barbudo Mac, y dijo:

—Te esperaré durante un par de horas en el hotel. Allí nos encontrarás a Jim Latimer y a mí. Pero si tardas un minuto más, juro que venderé esta obra de arte al primer buhonero que me dé diez machacantes.

Mac se deshizo en lamentaciones y el rubio en protestas.

Por fin, Bob Cath se colocó el aguafuerte bajo el brazo y salió del despacho.

En la calle se encontró con Rocco que, ya recuperado del golpe, parecía muy belicoso.

—¡Yo le daré, mastodonte! —rugió.

Y cuando se echó sobre Bob, ocurrió algo curioso.

Bob desplazó el brazo libre del aguafuerte y le sacudió un gancho como el azar.

Rocco dio vueltas como una peonza y su final fue estrellarse contra un abrevadero, donde quedó definitivamente sin conocimiento.

Duke Morgan contempló la breve pelea desde la puerta, y por un hueco asomó la cabeza del barbudo Mac.

—Demonios, Duke. Ha sido una buena idea cargar al tipo con el aguafuerte. Sólo así podremos evitar un relleno y que nos lo quiten esos bastardos que tienen rodeada la ciudad.

—Luego lo recuperaremos, Mac.

Y los dos socios empezaron a reír y se colaron en el despacho.

Ninguno de los dos vio la sombra que se deslizaba por la ventana posterior.

Era una silueta negra que destacaba algo puntiagudo. Un cuchillo, o un punzón.

La silueta negra pareció colarse a espaldas de los dos hombres.

CAPÍTULO II

Tobías Chully, botones del hotel La Urraca, de sesenta años, menudo y vivaracho, empujó la puerta de la habitación diecinueve y después de entrar, cerró con el pie, porque llevaba las manos ocupadas por un envoltorio grasiento.

—Muy bonito, señor Latimer. Usted durmiendo a pierna suelta y yo robando emparedados por el mundo para que se alimente.

El bulto que ocupaba una de las camas gemelas se movió a la mención del alimento.

Era Jim Latimer.

Se trataba de un joven de unos veinticinco años, moreno, de casi dos metros de talla. Quedó sentado sonriendo al anciano botones.

—No estaba durmiendo, Tobías.

—No, ¿eh?

—Estaba soñando.

—Ya. Seguro que soñaba con un pollo asado o dos perdices en escabeche. Pero siento desilusionarle, señor Latimer. Este viejo bastardo sólo ha podido echar el anzuelo a este par de emparedados de salchicha. Conque cierre los ojitos y, mientras masca, hágase la ilusión de que se trata de su bocado favorito: pavo trufado al gusto de Tijuana.

Jim Latimer cazó al vuelo el envoltorio que le arrojó el botones.

—No soy un materialista, Tobías. Soñaba con otra cosa.

El viejo torció la cara.

—Entonces debe estar pensando en la fulana que le dejó sin un centavo. Tiene que ser eso, porque siempre que usted y Bob Cath se alojan en el hotel La Urraca es porque una o varias mujeres les dejaron sin blanca, y luego llegan acá como los desperdicios que las olas arrojan sobre la arena.

—Me gusta como describes nuestra situación, porque siempre pones un toque poético y no parece tan malo.

Jim dio una dentellada al bocadillo.

—Ya sabía yo qué acertaría.

—Sólo en parte, Tobías. La eterna mujer engatusó esta vez a Bob Cath.

—Infiernos.

Jim asintió masticando.

—Sí, Tobías. Y fue precisamente aquí, en Abilene. Atraparon al pobre Bob apenas pusimos los pies en la ciudad.

Tobías tragó saliva.

—¿Cuánto?

Jim emitió una tosecilla.

—Cien dólares.

—¡Mi madre!

—Sí, Tobías. Aquellas dos condenadas chicas nos dividieron a Bob y a mí. Se nos llevaron a cada uno por un lado y ahí empezó el desastre. Fue en el saloon La Manzana de Eva.

—Canastos, me jugaría la paga de un mes a que las dos pájaras eran Sonia la Ninfa y Molly Culebra Grande.

Jim cabeceó.

—Pleno.

Tobías suspiró.

—No son ustedes los primeros que pasan hambre por culpa de esas dos inocentes doncellas, valga la desacertada expresión. Conque consuélese, señor Latimer.

—Bob está muy compungido. Nunca se perdonará que le sacaran todo nuestro capital.

Tobías lanzó una mirada alrededor.

—A mí tampoco me perdonará jamás la dueña del hotel que los haya entrado de matute por la cocina. No quiero saber lo que esa ballena hará con mi venerable pellejo cuando se entere de que están en esta habitación.

Jim sonrió.

—Olivia —suspiró—. Yo me encargaré de que esa buena mujer se deshaga en llanto de alegría cuando nos vea.

—Oh, sí, llanto. ¡Je! El llanto lo derramaré yo.

—Olivia es buena en el fondo.

Tobías hizo una mueca de pesar.

—Esa bondad debe estar a medio metro de profundidad de la

grasa que la cubre. Por fuera es dura como el pedernal. Además, ella y el *sheriff* de esta ciudad son carne y uña. Conque ya puedes empezar a cavilar lo que le dirá a Olivia cuando os descubra aquí. Esa fiera es capaz de todo.

—Cuando llegue Olivia, Bob ya estará de regreso con un montón de dólares.

—Conque fue en busca de pasta, ¿eh?

Jim dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Ya le dije que está muy triste porque le sacaron todo nuestro capital. Por eso se encargará de cobrar una deuda que tenemos con un pájaro de Abilene.

—Ya me parece raro que alguien les deba algo a ustedes, señor Latimer.

—Más increíble me parece a mí. Pero eso pertenece a otra historia en relación con las debilidades de Bob.

—Otro pájaro que le sacó dinero, ¿eh?

—Fue cuando estuvimos aquí la última vez.

—No me lo mencione porque me dan escalofríos. Fue aquel día que se enredaron a tiro limpio con la banda de Chuck Bull. Recuerdo que el banco de Córner City les remitió una recompensa de mil dólares por haber desmembrado a la banda. Ya fue lana, infiernos.

—No tiene mala memoria, Tobías.

—¿Cómo quiere que no me acuerde? Por culpa de ustedes, más de una bala me acarició la patilla en esta misma habitación.

—No refunfuñes, Tobías. Te ganaste una caja de botellas de *whisky*.

Tobías paladeó en seco y los ojillos se le iluminaron.

—¡Quién pillara a solas una de aquellas botellitas, señor Latimer!

—Cuando llegue Bob Cath con los doscientos dólares que nos debe Duke Morgan, tendrás un par de botellas de aquella marca para que lo pases en grande.

Tobías dio un respingo.

—¿Ha dicho Duke Morgan?

—Sí, Tobías. ¿Ocurre algo? Él fue quien le sacó doscientos dólares de préstamo al buenazo de Bob, cuando recibimos una recompensa.

—Entonces, adiós botella. Ese Duke Morgan es un artista en cuestiones de deudas. Sabe hacerse el loco cuando alguien trata de cobrarle.

—Pero pagará cuando vea la fea cara de Bob. Bob ha jurado que trae los doscientos dólares o trae el pellejo del rubio Duke Morgan.

—Siendo así…

En aquel momento, la puerta del cuarto se abrió con fuerza.

Tobías gimió alarmado por si se trataba de Olivia, la fiera dueña del hotel La Urraca.

Pero quién acababa de entrar era Bob Cath.

—¡Albricias, muchachos!

Jim Latimer pegó un salto en la cama.

—¡Bob! —exclamó—. ¿Lo atrapaste?

Bob rió estruendosamente y se golpeó una especie de marco que traía debajo del brazo, parecido a un tablero de ajedrez.

—Ya te dije que no vendría de vacío.

Jim pestañeó y se acercó a Bob.

—¿Qué es eso? ¿Un portafolios con los billetes, muchacho?

—Mejor que eso, Jim.

—¿Sí?

Bob sonrió muy orondo.

—Fui a por doscientos y he venido con una fortuna.

—Dios mío. Ya estoy tocando madera. Enseña eso de una vez.

Bob rió, guiñando los ojos.

—¿Preparados? Uno, dos y tres.

Jim emitió un respingo al ver el cuadrilátero medio envuelto con un papel y sujeto con un pedazo de cuerda.

—¿Qué diablos es eso?

—¿No lo adivinas, Jim?

Jim cerró los ojos con fuerza.

—Prefiero que me lo digas tú, Bob.

El grandullón Bob sonrió como un niño.

—Se trata de un aguafuerte.

Hubo un largo silencio en la estancia.

El viejo Tobías alargó el pescuezo, asemejándose a un extraño pájaro, y su nariz aberenjenada quedó a una pulgada del marco envuelto.

—¿Aguafuerte? ¿Quiere decir que eso es un vale para sacar

gratis una botella de *whisky* del almacén general? Entonces habrá querido decir un agua de fuego, como le llaman los indios, ¿verdad? Bueno, si le pagaron en especies no está mal…

Bob seguía sonriendo muy orondo. Suspiró.

—«Aguafuerte» es una obra de arte, un cuadro dibujado con ácido, en vez de pintarse con brocha. Los artistas cubren una plancha de zinc con una capa delgada de cera. Luego raspan la cera con un punzón y pintan lo que les dicta la inspiración. Una vez acabado el cuadro, lo meten en baño de ácido, de aguafuerte, y éste ataca el zinc justo por las raspaduras. Luego se quita el resto de cera y deja solo el metal, donde han quedado impresas las imágenes que el artista ha querido plasmar. ¿Han oído hablar de los grandes aguafiestas del siglo XVII? Ejem…, bueno, yo tampoco. Pero Duke Morgan me lo ha contado todo y dice que este aguafuerte pertenece a uno de los artistas modernos. Miren la firma. Es de un tal Gragg, de Boston, que hace pagar la friolera de mil dólares por cada aguafuerte que saca de sus manos. Vean una de sus obras. Contemplen la belleza de estos sauces llorones junto a un lago que parece rielar a la luz de esa luna…

—Ese bastardo de Duke Morgan te ha timado, Bob —dijo Jim con una mueca de compunción.

Bob borró la sonrisa de los labios.

—¿Qué estás diciendo?

—Duke Morgan te la pegó bien pegada. Incluso recuerdas de «pe a pa» el discurso que te colocó para embaucarte. Son las palabras que emplea él, las que has empleado tú para ensalzar este petardo.

—¡No puedes decir eso, Jim! ¡Es una obra de arte!

—He visto muchos cuadritos de éstos a dos dólares en la feria de Dallas.

—¡No es posible, Jim! ¡Precisamente entró un tipo muy entendido en el despacho de Duke Morgan cuando me traspasaba esta maravilla, y el tipo entendido dijo que esto valía no menos de mil dólares, que los aguafuertes de Gragg se pagan así en Boston!

Tobías entremetió la cabeza entre Jim y Bob.

—Escuche, señor Cath. ¿Ese tipo entendido tenía una barba en forma de perilla y ojos de loco?

Bob torció la cara.

—¿Usted lo conoce?

Tobías sacudió la cabeza filosóficamente.

—Es Mac el Cabra: un tipo muy amigo de Duke. En una palabra, él fue el gancho, señor Cath. Le dieron el mico.

Bob Cath volvió contemplar el cuadro.

—¡Maldición!

Jim carraspeó.

—No te irrites, Bob…, demasiado.

—¡Condenación! —rugió Bob, y convencido de que le hablan timado.

Jim chascó la lengua.

—Debí ir yo en persona para sacarle los doscientos dólares a Duke.

—¡Volveré y juro que se comerá el aguafuerte y el marco!

—Tranquilo, Bob. Ahora lo visitaremos otra vez.

—¡Tenemos que acudir enseguida, muchacho! ¡Ahora que ya me colocó el cuadrito, habrá ganado tiempo para ausentarse de la ciudad!

—Todavía lo agarraremos… bien agarrado, Bob. —Jim comenzó a vestir las prendas que componían su indumentaria, sin olvidar el Colt que colgaba siempre de la cabecera de la cama.

Tobías también parecía muy afectado por la mala suerte de los dos socios.

Con los ojos empañados de lágrimas, dio media vuelta y se dispuso a salir de la habitación.

—Chao, chao, amigos. Jamás volveré a verles.

Jim se volvió, ya vestido.

—Eh, Tobías. No hay que afligirse. Arreglaré ese pequeño desaguisado en un momento y tendrás las dos botellas que te prometí.

—Olivia ha jurado que denunciará mi paradero a mi segunda esposa como le haga otra de las mías.

—Nada le has hecho. ¿O sí, Tobías?

—Sí hice, señores. Dejarles entrar a ustedes en el hotel La Urraca con las manos vacías. Y eso, Olivia no me lo perdonará esta vez. —Suspiró amargamente y agregó—: Adiós.

Luego salió, cabizbajo.

Jim sacudió la cabeza.

—Tendré que ingeniármelas para el inminente ataque de Olivia

cuando nos pille en este cuarto.

—Querrá cobrar las cinco semanas que le debemos desde hace un año, Jim.

—Y además, pondrá al buen Tobías en manos de esa furiosa esposa que le busca desde hace años. Pero trataremos de arreglarlo.

Bob apretó los maxilares.

—Vamos, Jim. Me comen las ganas de echarme a la cara a ese pájaro de Duke para hacerle tragar el cuadro.

Jim asintió y se dirigieron a la escalera.

Cuando llegaron al vestíbulo, Bob frenó en seco y abrió los ojos al máximo.

—¡Jim! —suspiró—. ¡Olivia y el *sheriff*…, juntos!

Jim vio a la dueña del hotel y a la autoridad de Abilene, un hombrón entrado en años, de cara amargada, pero que ahora sonreía a Olivia.

Jim y Bob pasaron de largo.

—Buenos días —dijo Jim.

—Adiós —dijo distraídamente Olivia.

Pero cuando Jim y Bob llegaban a la puerta, tanto Olivia como el *sheriff* emitieron un rugido y se volvieron, dando un doble brinco.

—¡Latimer! —gritó Olivia—. ¿Qué hacen ustedes en mi hotel?

Jim suspiró.

—Acabamos de llegar, pero no nos gusta su cochambre y nos vamos.

Olivia era una mujerona de unos cuarenta años y ochenta kilos de sólida carne.

—¡Les dije que no quería verles jamás en mi hotel! —rugió—. ¡Que no pisaran este suelo!

—Por eso nos largamos, Olivia. Bob encontró esta vez los chinches más hambrientos que nunca, las ratas nos saludaron al entrar y, para postre, yo encontré un murciélago en el armario.

Olivia se puso roja de ira.

Boqueó sin poder pronunciar palabra y ello fue aprovechado por el *sheriff*.

—Latimer —dijo entre dientes la autoridad de Abilene—. ¡Usted y yo tenemos que hablar mucho!

—Primero permítanos ir a las duchas de Joe a liberarnos de los

molestos parásitos que hemos recogido en este tugurio.

—¡Latimer!

Pero Jim y Bob se largaron muy aprisa.

—Dios mío —resolló Bob, ya a dos manzanas de distancia—. Ahora sí que tenemos que ir a darnos una ducha. Esa pareja consiguió que mojara toda la ropa.

—Primero iremos a ver a Duke. Es más urgente.

Bob asintió:

—Estamos enfrente de su cochambrosa oficina.

Atravesaron la calle.

Abrieron la puerta de la oficina y los dos socios entraron en tromba.

No había nadie.

El rubio Duke Morgan tampoco estaba allí ya.

Aunque su cuerpo se hallaba presente, él se encontraba muy lejos.

En el cielo. O quizá en el barrio de Joe Satanás.

Lo que quedaba en la tierra, concretamente en el escritorio, estaba bañado en sangre.

La sangre procedía de un agujero, abierto en el centro del pecho del rubio.

El asesino había sacado después de pinchar y había clavado el cuchillo en el chaleco del rubio para que no se desplomara y siguiera sentado en el sillón del escritorio. Un toque de buen gusto.

Jim se volvió hacia Bob y le costó trabajo reconocerlo, porque el grandullón estaba blanco como una escultura en yeso.

—Andando, Bob. Ahora ha llegado la hora de que corramos a las duchas, porque los dos lo necesitamos.

Bob no dijo nada, porque se había quedado afónico.

CAPÍTULO III

—Acabo de darme la ducha, pero no me encuentro mejor que antes, Jim —dijo el vozarrón de Bob por detrás del mamparo de madera que separaba los baños.

Jim salió frotándose el torso con una toalla. Ya se había puesto los pantalones.

—Tú siempre quejándote, Bob.

—Los cincuenta centavos que hemos pagado por las toallas y el jabón han reducido nuestro capital común a cero dólares, cero centavos.

Jim fue a contestar, pero descubrió a un sujeto que contemplaba el aguafuerte colocado sobre una silla.

—¿Le gusta, amigo?

El tipo desvió sus ojos hacia el joven. Aquellos ojos negros estaban separados por una nariz en forma de garfio, pero al tipo no parecía importarle demasiado. Su atención estaba fija en el aguafuerte.

—¿Es suyo, joven?

—Y de todo aquel que pueda pagarlo bien.

Nariz de garfio esbozó una sonrisa.

—Puedo pagarlo bien. Me gusta.

—¿Cuánto, míster?

—Cinco dólares.

Jim apretó los labios.

—Oiga, ¿es una broma?

—Está bien. Lo subiré a diez dólares y no se hable más. Podría comprar una tonelada de estos aguafuertes a diez dólares la docena. Pero no tengo tiempo de desplazarme a Dallas.

La voz de Bob susurró a través de las maderas que separaban los baños individuales:

—Vende, Jim. Por todos los santos, vende…

Jim suspiró:

—Oiga, míster. Se trata de un recuerdo de familia. Pero dadas las precarias circunstancias en que me encuentro, suelte veinte dólares y salga corriendo con el aguafuerte.

El de la nariz de gancho sacudió la cabeza.

—Le daré doce dólares. Los voy a poner en esa silla y usted estará vuelto de espaldas. Cuando me mire otra vez, quiero que haya atrapado los doce dólares. Si no lo ha hecho, me marcharé sin el aguafuerte.

—¿Oíste eso, Bob?

—¡Adjudicado! —graznó Bob, la voz algo ronca por si el tipo se echara atrás.

Cuando Jim se volvió, el aguafuerte había desaparecido y en la silla hablan doce dólares.

Jim los atrapó y abrió la boca para darle las gracias al fulano de la nariz de garfio.

Pero ya era tarde, porque el tipo se había esfumado como una sombra.

—Demonios —masculló Jim—. Algo me dice que no hemos hecho bien en desprendernos del aguafuerte.

—¡Tú mismo dijiste que Duke Morgan me había estafado!

—Es cierto. Pero ahora que ha muerto, me gustaría conservar algún recuerdo de él.

—El mejor recuerdo que tendremos del rubio es que ahora hay doce dólares en la familia y vamos a aprovecharlos.

Jim asintió.

—Volveremos al hotel La Urraca.

—No.

—Ahora tenemos dinero para aquietar a la fiera Olivia. Ya verás cómo nos sonríe obsequiosa y hasta nos alisa la alfombra para que pasemos a sus inmundas habitaciones.

Bob salió completamente vestido, el cabello mojado como el pelo de un perro.

—Andando. No podemos aspirar al Gran Hotel con sólo doce machacantes.

—Estuvimos en una *suite* especial del Continental de Dallas con sólo un dólar. Recuérdalo.

—Mejor será que lo olvides o enfermaré de veras, Jim. Estoy

harto de salir por las ventanas traseras y escaleras de incendios de los hoteles del país. Algún día tenemos que ponernos al día, infiernos.

—Sí, Bob —dijo Jim mientras salían de los baños.

—Canastos, Jim. Hemos demostrado saber ganarnos la vida con todo lo que hemos tocado. Ganamos buena plata vendiendo grano para las aves.

—No estamos en una región avícola, Bob.

—Entonces deberíamos atacar el negocio de farmacopea para reses. Acuérdate lo bien que se dio en Abilene vender aquellos ungüentos, parches y alimentos vitaminados para el ganado vacuno.

—Ya dimos un golpe aquí con los ungüentos curativos. «Tenga sana a su esposa, pero no se olvide de sus vacas». Fue un buen *slogan*. Pero no serviría si probáramos otra vez, porque los ganaderos de Abilene aún nos buscan para lincharnos.

—No los nombres, demonios —gruñó Bob, cabizbajo.

—Lo que hay que hacer es recluirse en un hotel mugroso como el de Olivia. Sólo así puedo forzar el cerebro y encontrar la idea para salir de la inopia.

—Ya estamos en el Urraca otra vez —dijo Bob, y se detuvo ante el edificio.

Jim entró sin titubear.

Golpeó el timbre para llamar al personal, del registro.

Se abrió una puerta lateral y por el hueco salió dificultosamente la gruesa Olivia.

Al ver a los dos amigos, abrió la boca de par en par para rugir:

—¡Salgan inmediatamente de…!

Se detuvo cuando Jim tiró una moneda sobre el registro, que tintineó.

—Hola, Olivia. Echábamos de menos sus ratones y volvemos otra vez.

Olivia, todavía boquiabierta, atrapó los cinco dólares y les pegó un mordisco para comprobar si eran de plata o de plomo.

—¡No quiero enfermos en mi hotel! —exclamó—. Y ustedes deben encontrarse muy mal si sueltan el dinero por delante.

Jim chascó la lengua.

—Como chiste no está mal, Olivia. Pero si le pagamos por adelantado no tiene derecho a llamarnos locos o atacados de

insolación. Tenemos dinero y eso es todo.

Los ojillos de la mujer se achicaron recelosamente.

—¿Dinero? —sonrió sarcástica—. Me gustaría saber de dónde lo sacaron.

—Nos dedicamos al arte, Olivia. Aquí donde ve a Bob, el chico se inspira en los manchones de sus sábanas sucias y resulta que está vendiendo todos los lienzos. ¡Ah, el arte!

Olivia cerró los ojos con fuerza y gritó:

—¡Quítense de mi vista! ¡Lárguense!

Y Jim y Bob obedecieron, pero en sentido contrario. En vez de irse a la calle, treparon por las escaleras carcomidas del Urraca y se lanzaron al primer piso.

—Esa mujer acabará con mi salud, Jim —jadeó Bob al llegar al cuarto número diecinueve.

—Pero le vi un brillo en los ojos que no es otra cosa que secreta admiración por ti. Bob.

—Yo diría que fue un brillo homicida, Jim.

—Puaf —hizo Jim, y empujó la puerta del cuarto.

Cuando vio dentro a dos individuos, se tocó el ala del sombrero a modo de saludo y reculó.

—Dispensen, caballeros. Nos hemos equivocado de agujero.

—Nada de eso, señor Latimer —dijo el que tenía las piernas más largas—. «Ésta» es su habitación.

Jim y Bob se miraron.

—Oigan —carraspeó Jim—. Si es que vienen del departamento de Fumigación y Servicios Higiénicos, les ruego que ataquen el cuarto a fondo y apilen con una pala ante la puerta todos los animales de cuatro y seis patas que hallen aquí.

El de las piernas largas emitió un gruñido.

—Ustedes son los animales que vamos a exterminar —dijo—. ¿Ven los aparatos de matanza que llevamos en las manos?

Jim contempló los sendos revólveres que empuñaban los dos tipos.

También se hizo cargo, detenidamente, de los visitantes.

El de las piernas largas era un sujeto de unos treinta años, pero parecía más viejo, porque la vida había impreso huellas de amargura en su rostro.

—Mi nombre es Less Talbot.

—¡El pistolero! —exclamó Bob Cath, por detrás de Jim.

Less Talbot sonrió, mostrando unos dientes agudos, pero blancos.

Señaló al tipo estirado, de rostro pálido, que se sentaba a su lado e hizo la presentación.

—Éste es Johnny el Espiritista.

Jim se aclaró la voz.

—Oigan, amigos. Ustedes deben sufrir, sin duda, algún error de principio.

Less Talbot sacudió la cabeza.

—No, Latimer. Ustedes son la pareja que buscamos. Y la verdad es que han andado por ahí enredando y ya nos impacientábamos.

Jim frunció el entrecejo.

—¿Qué quieren, hermanos?

Less Talbot chascó la lengua.

—Sólo queremos ganarnos la vida honradamente. Latimer.

—¿Sí?

—Por eso aceptamos trescientos dólares por trabajarles a ustedes.

—A nosotros, ¿eh, Talbot?

Talbot asintió, manteniendo firme el revólver en la mano.

—Ustedes serán buenos y nos van a dar algo.

—Pues vinieron en mal día, Talbot. No tenemos dinero.

—No se trata de dinero, Latimer.

—Tampoco tenemos jarabe para caballos, si es eso lo que venían a buscar.

Talbot apretó las mandíbulas.

—No venga con chistes, Latimer. Lo que queremos de ustedes es el aguafuerte.

Jim lanzó un respingo, auténticamente perplejo.

—¿El aguafuerte de Duke Morgan?

—Ajá. Latimer. Ya veo que, cuando quiere hablar en serio, sabe hacerlo como si fuera un empleado de funeraria.

Jim se acarició el lóbulo de la oreja.

—Si se tratara del aguafuerte, puedo darles un consejo. Encontrarán los que quieran en la feria de Dallas.

—Queremos el de Duke Morgan.

—¿Qué tiene el aguafuerte de Duke Morgan que no tengan los

demás?

Less Talbot arqueó las cejas. Se echó a reír.

—¿Sabe una cosa, Latimer?

—Si usted no la dice, no.

—Pues que nosotros también nos hemos hecho la misma pregunta. Pero el tipo que nos paga para recuperar el aguafuerte que perteneció a Duke Morgan sólo quiere el de los sauces llorones junto al lago. ¿Verdad que parece una chifladura?

—Eh, Talbot, ¿dijo «perteneció» a Duke Morgan?

—Sí, Latimer. Dije «perteneció». Ahora él rubio está muerto. Pero si le sirve de consuelo, debo comunicarle que nosotros no le hicimos esa faena en los bronquios. El cuchillo debió manejarlo otra persona.

—Bueno —respiró Jim—, ya es un alivio entendérselas con hombres de bien en vez de asesinos.

—A nosotros nos da pena el matar, Latimer —chascó Talbot la lengua—. Se lo estaba diciendo a Johnny el Espiritista, precisamente momentos antes de que ustedes llegaran, ¿eh, Johnny?

El sujeto macabro asintió de una cabezada, y dijo por el sesgo de la boca:

—Mi vocación es montar un consultorio en la gran ciudad. Me anunciaré en los periódicos como Licenciado en Asuntos del Más Allá. Y apuesto a que damas y caballeros de la buena sociedad acudirán a mi consulta para que les ponga en comunicación con sus, seres queridos que ya desaparecieron.

—Pero montar un consultorio de lujo cuesta dinero —intervino Less Talbot—. Por eso, Johnny y yo hemos decidido seguir dándole al gatillo y juntar la plata necesaria para que nos podamos retirar.

—Ya decía yo que ustedes dos eran tipos de miras muy altas —dijo Jim Latimer. Y señaló los Colt que le apuntaban a la cara.

—Anda, Latimer. Sea bueno y dígame dónde ha escondido el aguafuerte.

Jim sonrió.

—¿Escondido? ¿Para qué Íbamos a esconder la plancha artística? La verdad es que nos creímos timados por Duke Morgan cuando nos lo entregó para saldar una deuda. Y lo vendimos más que aprisa cuando un tipo dio doce dólares por él.

—¿Eh? —saltó Talbot del asiento.
Johnny el Espiritista lo sujetó con la mano.
—Espera, Less. Te están tomando el pelo.
Jim miró ceñudo al espiritista.
—Atienda, médium. No sé qué infiernos se traen entre manos. Pero puedo jurarles que ya nos desprendimos del aguafuerte.
Less Talbot cerró los ojos apenado.
—No quería matarles, Latimer.
—Y no dejaré que lo haga.
—Pero, dadas las circunstancias, ustedes se han ganado un plomo por barba.
Jim abrió las piernas en compás.
—Talbot —dijo—, váyase al infierno y déjenos en paz o me enfadaré.
—¿A quién le vendieron el cuadro?
—A un tipo de nariz ganchuda, ojos pequeños y brillantes y algo cargado de espaldas. No sé su nombre. Pero en su pueblo deben llamarle Nariz de Anzuelo.
Less y Johnny se miraron hablando con los ojos.
—De acuerdo —dijo Talbot—. Iremos a ver a ese Nariz de Anzuelo.
—Adiós, amigos —dijo Jim.
Pero los vigiló cuando se dirigían hacia la puerta.
El grandullón Bob creyó efectivamente que los dos sujetos se despedían y pegó un sombrerazo para saludarlos.
Por eso se llevó la gran sorpresa cuando se revolvieron escupiendo plomo.
Jim Latimer no se sorprendió porque esperaba aquella jugarreta.
No les había quitado la vista de encima en el menor de sus movimientos.
Por eso hizo coro a los estampidos de revólver.
En la fracción de segundo siguiente, la mano de Jim pareció escupir fuego.
Sólo era un efecto óptico. Había sido muy rápido en sacar.
El estruendo de los disparos hizo temblar todo el vetusto hotel.
Para postre, los dos pistoleros fallaron el blanco y sus balas se llevaron los cristales de la ventana armando mucho ruido.
Era debido a que cada uno de los dos verdugos, ya tenía su

correspondiente ración.

A el Espiritista le tocaron dos proyectiles en el esternón y se fue inmediatamente al reino de los espíritus para hablar con ellos cara a cara.

En cuanto a Less Talbot, la rapidez de Jim Latimer lo dejó con la boca abierta y ello fue su perdición.

Por el hueco de las fauces le entraron dos plomos muy aparejados que se le clavaron en el cerebro.

Y como Less Talbot había sido un tipo con mucho seso, al romperse la presión craneana, el cogote le estalló por detrás desparramando sustancias parduscas por el corredor del hotel.

Tobías, el botones del hotel, frenó en seco ante la puerta de la habitación, y, al ver la matanza, dio un brinco y se alejó a galope, relinchando histéricamente.

Jim Latimer se incorporó y se hizo cargo del resultado del tiroteo.

Entretanto, Bob acabó de cerciorarse de que lo que veía no era un sueño.

Como era muy sensible a la vista de la carne cruda, amarilleó el rostro y sus ojos se abrieron de par en par:

—¡Jim! —dijo ahogándose.

—No hables, Bob. Es mejor el silencio.

—¡Es que voy a vomitar!

—Segunda puerta a la derecha, en el corredor. Son los lavabos.

Bob salió convertido en una especie de cohete.

CAPÍTULO IV

Tobías, el anciano botones del hotel La Urraca, se detuvo ante la puerta de la oficina del *sheriff* porque vio que dentro, un grupo de personajes de Abilene estaban celebrando una pequeña fiesta.

—¿Puedo entrar, *sheriff*? —dijo Tobías, tímidamente.

El *sheriff* Casbury entrecerró los ojos.

—¿Vienes a traer el postre, Tobías?

El botones asintió con una cabezada.

—Olivia me mandó traer esta tarta de frutas.

El *sheriff* Casbury lanzó la carcajada por encima de las cabezas de sus invitados.

—¿Oyeron eso, caballeros? ¡Van a probar la mejor tarta de frutas del país!

El alcalde John Clarence, un hombrón de ciento diez kilos, engulló un pedazo de algo aceitoso y dijo mientras masticaba:

—Si las manitas que han hecho estos pasteles de pollo son las mismas que han hecho la tarta de frutas, yo me apunto.

Se oyeron varias risas en la oficina.

Un individuo de aspecto imponente, moreno, de ojos como dos pavesas y pelo ensortijado, iluminó la oficina con el destello de sus enormes dientes.

—Caballeros —dijo, alzando una copa—, ha llegado el momento de brindar por este acto tan simpático. Me refiero, como todos ustedes saben, a la celebración de las bodas de plomo en el cargo de *sheriff* de nuestra querida autoridad. ¡Donald Casbury!

Se produjo un rugido comedido en la oficina para mostrar el entusiasmo por el *sheriff*.

Casbury bajó la cabezota, algo azorado.

—Gracias, caballeros. No saben lo que me emociona esto. Pero será mejor que apuren sus trozos de pastel de pollo para que

prueben la tarta de frutas que prepara Olivia.

—¡Brindemos! —exclamó el hombre de los dientes con destellos.

El alcalde. John Clarence, tosió, comunicando un tembleque al suelo, e intervino:

—Primero, el *sheriff* Casbury nos dirá unas palabras.

—¡Eso! —exclamó el hombre de los dientes brillantes—. ¡Que hable!

Y como un eco, las gargantas de la oficina repitieron la invitación.

El *sheriff* se hizo el remolón, dando sacudidas de cabeza.

Pero su ayudante, el alelado Zame, se hallaba justo detrás de su jefe, aunque invisible, porque estaba dentro del receptáculo que servía de archivo, puesto a servir de apuntador.

—Bien, caballeros —dijo el *sheriff*, alargando la oreja hacia donde estaba escondido su ayudante—. Ya saben que soy hombre de pocas palabras, pero debo decirles…

Se cortó, porque el condenado de Zame no le decía nada.

Chascó los dedos por detrás para apremiarlo.

Se oyó un ruido de papeles. Seguramente el condenado Zame se hizo un lío y no encontraba el escrito que había preparado el alcalde para que lo cacareara el *sheriff*.

Por fin, la voz de Zame sonó en un nuevo susurro y el *sheriff* repitió automáticamente lo que escuchaba:

—Yo, en pleno uso de mis facultades mentales, y sin mediar coacción, me declaro culpable…

El *sheriff* se interrumpió poniéndose la mano ante la boca y agrandando los ojos.

Los reunidos lo tomaron a broma y estallaron en grandes carcajadas.

Casbury abrió descaradamente el pequeño archivo y masculló un juramento hacia Zame, quien luchaba con un rimero de papeles y había confundido el discurso con el testamento de un condenado a la horca el año anterior.

—¿Te has vuelto loco, Zame?

—¡No encuentro el discurso, jefe!

—¡Aggg! —Hizo el *sheriff* y cerró fuertemente la puerta, lleno de rabia trato de forzar una sonrisa hacia sus invitados, pero le salió una mueca lobuna.

—Señores, como acaban de ver, mi tarugo ayudante ha echado al traste el truco que tenía para soltarles un discurso. Pero, en vez de colocarles ese rollo, les diré que continuaré fielmente al frente de esta oficina, barreré la ciudad de indeseables y mantendré la ley y el orden por encima de todo.

Hubo un rugido de entusiasmo ante las sentidas palabras de Casbury.

El hombre de los dientes brillantes se acercó batiendo palmas.

—Deje que le estreche entre mis brazos, *sheriff* Casbury. Y no vea en mis brazos los de Nelson Ballane, el modesto fabricante de bebidas y licores, sino los brazos de la ciudad de Abilene.

Sonaron más aplausos.

El alcalde se sintió emocionado y se sonó con fuerza.

Un viejo del rincón lloró.

El *sheriff* recibió las palmadas de Nelson Ballane en la espalda y le llamó bastardo entre dientes, porque le aplastaba un forúnculo algo verde que tenía en la paletilla derecha. Pero, dadas las circunstancias, sonrió como pudo y dijo:

—Gracias, Nelson Ballane. Por medio de usted, doy las gracias a Abilene.

Se oyeron más ovaciones.

Y el viejo llorón del rincón secó las lágrimas y chilló:

—¡Que vengan ya las chicas del coro!

Alguna mano piadosa lo silenció de un trallazo.

Nelson Ballane alzó la copa y brindó:

—Por el brillante futuro de nuestro *sheriff* Casbury.

Todos bebieron.

Y felicitaron a Nelson Ballane, porque él era quien había llevado la bebida, producto de su fábrica. En aquel caso, un vino semiseco con sabor a amontillado.

El *sheriff* hizo una señal a Tobías y éste penetró hasta el centro de la oficina portando un pastel.

—Olivia le desea muchas felicidades.

—Gracias a Olivia.

—Y Jim Latimer y Bob Cath también le envían sus mejores deseos.

El *sheriff* torció la cara.

—¿Eh?

Tobías tosió forzadamente.

—… Y me mandan decir esos dos muchachos que sienten no poderle enviar dos fiambres que se llamaban Less Talbot y Johnny el Espiritista. Digo yo si será para que no los relacionen mentalmente con esos pastelillos de pollo. Pero en el vestíbulo del hotel La Urraca tiene aquellos dos regalos. Latimer los convirtió en picadillo.

—¿Cómo? —rugió el *sheriff*, que había oído muy bien.

Tobías alargó y encogió el cuello varias veces.

—Ése fue el recado.

—¡Maldición! —rugió Casbury—. ¡Esos dos pájaros de Latimer y Cath no pueden hacerme eso en el día más feliz de mi vida!

Nelson Ballane pestañeó y dijo ceñudo:

—¿Less Talbot y Johnny el Espiritista muertos?

Tobías asintió:

—Sí, señor Ballane. Tan fríos como el pollo que acaban de ingerir. Oh, perdón.

El *sheriff* estrelló un trozo de pastel de pollo contra la escupidera.

—¡Maldición! ¡Quiero ver a Jim Latimer inmediatamente!

Nelson Ballane fue el único que sonrió con sus dientes luminosos.

—También nosotros quisiéramos ver a ese par de héroes.

—¿Qué está diciendo, señor Ballane? —farfulló el *sheriff*.

Ballane chascó la lengua.

—Usted sabe muy bien los quebraderos de cabeza que nos han dado esa pareja de forajidos. Me refiero a Less Talbot y Johnny el Espiritista. No había forma de probarles nada.

—Que descansen en paz —gruñó Casbury—. Pero no era momento de que murieran. O, por lo menos, de conocer su muerte.

Nelson siguió sonriendo.

—La desaparición de dos fuera de la ley siempre es bien acogida.

—Si usted lo dice…

—Además —agregó Ballane—, yo había establecido un modesto premio de cien dólares que está depositado en el Banco Federal. Ésa recompensa ha de ser cobrada por los dos hombres que han librado a nuestra sociedad de tan repugnantes delincuentes. Como ustedes

ya saben, no hace más de dos meses, Talbot y el Espiritista asaltaron mi fábrica y se llevaron dos carromatos cargados de *whisky* valorado en dos mil dólares y dos mexicanas de la sección de envases que eran un tesoro. Me refiero en plan de trabajo. Entonces establecí la recompensa.

—No tardarán en dejarse ver los matadores cuando se huelan el premio —gruñó Casbury—. Vaya par de lanudos.

—¿Cómo dice, *sheriff*?

—Nada, señor Ballane. Meditaba en voz alta.

Ballane sonrió.

Se dirigió a Tobías:

—Manda que los busquen, muchacho. Y ahí va ese dólar por el recado.

—¡Como el rayo! ¡Y gracias por el ojo de águila!

Tobías salió convertido en obús.

Por eso no se dio cuenta de que pasaba entre Latimer y Cath, que acababan de asomarse a la oficina, y se perdió en el bar de enfrente.

—¡Latimer! ¡Cath! —exclamó el *sheriff*.

Jim se quitó el sombrero.

—Buenos días, señores.

El *sheriff* se volvió hacia Nelson Ballane.

—¿Qué le dije, señor Ballane? No podían tardar si había dinero a la vista.

—¿Dinero? —dijo Jim.

El *sheriff* arrugó los labios.

—Sí, Latimer. Tiene usted más suerte que un caballo para la recría.

—Eh, nosotros queríamos denunciar una agresión, *sheriff*.

—Estamos al corriente de los detalles por el botones del hotel La Urraca. Y miren por dónde el señor Ballane, aquí presente, quiere hacerles entrega de cien dólares por la matanza.

Jim Latimer y Bob Cath se apoyaron uno contra otro, auténticamente impresionados.

—¿Quiere repetirlo, *sheriff*? —dijo Jim.

Nelson Ballane se adelantó al *sheriff*. Sonrió y tendió una mano.

—Encantado de conocerles, amigos. Lo que nuestro *sheriff* dice

es verdad. Establecí ese premio para la captura de los dos delincuentes en cuestión, y ustedes van a cobrar.

Jim estrechó la mano del hombre llamado Ballane. Emitió una tosecilla.

—Usted pasa a ser de los míos desde ahora, señor Ballane.

Nelson emitió una bien timbrada risa.

—Cien dólares siempre vienen bien, ¿eh?

—Sobre todo —gruñó el *sheriff* interponiendo la cabezota—, cuando se deben varias semanas de hotel. Infiernos, me alegro por Olivia, que cobrará de estos dos socios.

Jim le miró ceñudo.

—Olivia ya cobró, *sheriff*. Y con los cinco dólares que le dimos bien administrados con su tacañería podrá pintar el hotel y desratizarlo debidamente.

—Váyase al infierno, Latimer.

Nelson rió.

—Calma, señores. Hoy es día de celebración y no de peleas. Bebamos para que reine la cordialidad, la paz, la prudencia…

—¡Prudencia! —exclamó el vejete borracho del rincón—. ¡Prudencia! ¡Déjenme ver a mi chica! ¡Apártense!

Alguien lo apartó. Pero fue de un manotazo en el cogote y lo escamotearon para que nadie se diera cuenta de la interrupción.

Nelson Ballane batió palmas y anunció:

—¡Procedamos a la degustación de la famosa tarta de frutas de Olivia!

El *sheriff* hizo veinticuatro porciones de la tarta y pronto fueron distribuidas.

Cuando todos iban a hincar el diente, la puerta se abrió dando paso a un personaje bien conocido de la ciudad.

Se trataba del doctor Harpers, un sujeto de cara torva, ojos apenados y arrugas prematuras en el rostro.

—Lamento tener que interrumpirles, *sheriff* —dijo, cavernosamente.

El *sheriff* se volvió, componiendo un gesto de alarma.

—Eh, doc. No irá a decirme que tenemos un amago de peste en la parte de los pantalones, ¿eh?

El doctor Harpers sacudió la cabeza como si quisiera apartar los fantasmas de cientos de pacientes que clamaban venganza desde el

otro mundo.

—Es acerca de Duke Morgan, el agente de Gestiones Varias.

—¿Qué le duele a ese bergante? —masculló el *sheriff*.

—Ya nada —suspiró el médico—. Está muerto.

El silencio cayó como una pesada losa sobre la oficina.

Muchos se apresuraron a arrojar las porciones de tarta porque les parecía que había adquirido mal color. El *sheriff* no hablaba, porque trataba de acumular primero aire en sus pulmones.

El doctor agregó en la pausa:

—Punción traumática del tórax con destrozos del árbol bronquial, *sheriff*.

—Maldición, le advertí a ese rubio que dejara de trepar a la higuera que tiene en el patio.

—¿Qué está diciendo, *sheriff*? —dijo el doctor—. Al hablar de árbol bronquial me referí al conjunto de los bronquios. Para que todos lo entiendan: Le atizaron con un cuchillo en el pecho, en un golpe de «mete y saca».

—¡Condenación! —aulló la autoridad de Abilene.

El revuelo del despacho se hizo más creciente.

El doctor chascó la lengua.

—Será mejor que vaya, *sheriff*.

El *sheriff* arrojó rabiosamente el pedazo de tarta.

—Maldita sea. ¡Sabía que me estropearían el día! ¡Lo imaginaba, infiernos!

Y salió trotando de la oficina.

Nelson Ballane tendió una mano a Jim Latimer.

—En vista de las circunstancias tan penosas que se han producido, veo que tengo que retirarme.

—Y piensa decirnos cómo cobrar esos cien de que habló, ¿eh, señor Ballane?

Nelson esbozó una sonrisa.

—Pasen por el Banco Federal y el cajero les hará entrega del dinero. Ahora voy a avisarle.

—Gracias, señor Ballane.

Ballane entrecerró los ojos y contempló con fijeza a Jim Latimer.

—Antes de marcharme de Abilene me gustaría que pasara por mi fábrica de licores, Latimer.

—Trataré de hacer un hueco en mis compromisos.

Nelson Ballane guiñó un ojo.

—Le aseguro que beberá el mejor *whisky* de toda su vida.

Jim sonrió.

—Siendo así, vaya descorchando la botella, señor Ballane.

El dueño de la mejor licorería de Abilene palmeó el brazo de Jim Latimer y salió de la oficina pegando sombrerazos hacia los conocidos.

Bob sacudió la cabeza admirativamente.

—Qué gran tipo, ¿eh, Jim?

—Lo vamos a nombrar nuestro padre adoptivo.

—Yo estuve a punto de darle un beso en el entrecejo cuando mencionó lo del premio.

Jim frunció la frente.

—A propósito, ¿qué hacemos aquí todavía que no vamos a cobrar la recompensa?

—Lo mismo me preguntaba yo desde que nos la concedieron, Jim.

Y los dos compañeros salieron de la oficina del *sheriff*, que se había convertido en una casa de locos por los comentarios de los invitados a voz en grito.

Escasamente, tres minutos más tarde, Jim recibía los cien dólares en la ventanilla del Banco Federal de manos de un tipejo que se deshizo en sonrisas mientras le proponía abrir una cuenta. Pero Jim le dejó muy serio cuando también reclamó los cuatro dólares con setenta centavos de intereses que los cien pavos habían devengado durante el depósito.

Bob Cath salió contento como un colegial.

—Infiernos, Jim. Tenemos la suerte de cara.

—Sí, Bob.

—Desde hacía mucho tiempo no teníamos esta lluvia de dólares. Primero sacamos doce machacantes por aquel espantoso cuadro al ácido. Y antes de que se enfríen, mira por dónde, recibimos otro chorro de cien. ¡Ya somos hombres!

—Por lo menos nos sentimos más crecidos. El mundo tiene otro aspecto cuando uno lleva el peso de la plata en el bolsillo.

Bob gruñó:

—Y esta vez no nos dejaremos atrapar por ninguna mujer. No, Jim.

Éste se había detenido como frenado por un muro de cemento.

Tenía los ojos fijos en una belleza que le sonreía desde un carromato ligero.

Bob gimió:

—¡Dije que se acabaron las mujeres!

—Sí. Bob. Pero esto no es una mujer, pequeño. Es un ángel.

La muchacha del pescante del vehículo abanicó las largas pestañas.

Era morena, de grandes ojos, busto erguido, curvas esbeltas y rostro de óvalo perfecto.

Jim se vio andando hacia la joven, mientras escuchaba las lamentaciones de Bob Cath a sus espaldas. Pero no hizo caso.

Menos pudo ver que era vigilado desde el mismo interior del carromato.

Por entre el espacio de las lonas, dos pares de ojos contemplaron la escena.

Y brillaron con fuerza al ver que Jim Latimer había caído en la trampa.

CAPÍTULO V

La chica del vehículo ensanchó la sonrisa.

—Usted debe ser Jim Latimer.

—Y usted es la mujer que estaba yo esperando desde que dejé de andar con las manos.

—Mi nombre es Karin Barton. ¿Querría hacer unas declaraciones?

—Quiero que me dé el sí a la primera. Conque sobrarán las otras.

Karin se echó a reír.

—No sea tonto. Me refiero a una entrevista para El Cronista de Abilene.

—Los cronistas son siempre tipos feos. Conque déjeme que siga recreando la vista y hágame usted la interviú.

Karin reía ahora sacudiendo la cabeza.

—Usted es un hombre imposible, señor Latimer.

—¿Imposible? Cierre su mano y me encontrará adentro.

—Espere antes de colocarme otro juego de palabras, señor Latimer. Yo soy la que tiene que recoger sus declaraciones a la Prensa, porque de eso se trata. Soy la dueña, periodista, linotipista y administradora del Cronista de Abilene.

—Déjeme subir al carro —dijo Jim, ya sentándose en el pescante muy cerca de la bella—. ¿Dijo que usted es todas esas cosas?

—Sí, señor Latimer. Y quiero publicar algo acerca de los acontecimientos que han tenido lugar hoy en Abilene. Me refiero a aquellos que usted ha sido el protagonista.

—Como el tiroteo en el hotel La Urraca, ¿eh?

—Sí, señor Latimer.

Jim suspiró.

—Pruebe a llamarme Jim, porque me afluirán mejor las ideas.

Karin asintió, sonriente.

—De acuerdo, Jim. ¿Cómo se produjo su encuentro con esos pistoleros?

—Al entrar en mi *suite* especial del hotel La Urraca…

Karin rió con una mano ante la boca.

—No sabía que el hotel La Urraca tuviera *suites* especiales.

—Posee una sola. Pero enmascarada por todo ese conjunto tan cochambroso para eludir un impuesto más alto.

—Hablemos en serio —apretó Karin los labios—. Usted se encontró con los dos pistoleros en su cuarto.

—Sí, Karin. Sacaron sus armas, tiré de la mía y hubo ruido y humo. Cuando abrí los ojos, yo me encontré todavía vivo. Y ante mi estaban los dos forajidos que ya habían pasado a mejor vida. Y ahora, ¿por qué no dejamos de hablar de cosas tan prosaicas y usted y yo vamos a algún lugar romántico? Por ejemplo, ese recodo del río donde hay un bosque tan pintoresco.

Karin suspiró pacientemente.

—No sabe las veces que los hombres de Abilene me han hablado de ese lugar tan encantador.

—Pues ya es hora de que lo conozca, Karin.

Ella le miró con sus grandes ojos, a pesar del peligro que significaba viajar sin mirar el tráfico de la calle.

—Estuve solo una vez, con un hombre respetable —dijo—. Fue también la primera vez que tuve que saltar al agua y cruzar el río a nado.

—Entiendo —murmuró Jim—. El tipo se quitó la máscara.

—Oh, no crea que se trata de un pelagatos. El caso me ocurrió con el señor Ballane.

—¡Nelson Ballane! ¡El dueño de las destilerías alcohólicas! Vaya con el pillastrón.

Los ojos de Karin relampaguearon ante el recuerdo.

—Apenas nos sentamos sobre la fina hierba, el señor Ballane pareció convertirse en la diosa Siva. Esa que tiene tantas manos.

—Ya.

—Al día siguiente quiso reconciliarse conmigo y puso como excusa que le cayó mal el vino que llevó para la merienda.

—Infiernos, vaya excusa apestosa. El amo de una fábrica de licores echando la culpa a su género.

—Por eso no acepto su invitación de visitar el recodo del río.

Jim emitió una forzada tosecilla.

—Siempre hay excepciones.

—No, Jim. Todos los hombres son iguales.

—Eso le alagaría mucho a un tío mío que es jorobado.

Karin sonrió admonitoria.

—¿Es que no puede hablar nunca en serio, Jim? —Dejó de sonreír y agregó—: Todos son iguales.

—Oiga, Karin. ¿Nunca ha pensado que usted pueda tener parte de culpa… o toda?

Ella volvió rápidamente la cabeza.

—¿Qué quiere decir? ¿Que soy una coqueta o algo parecido?

Jim sacudió la cabeza.

—Apuntaba hacia otro lado. Karin. Usted tiene muchas cosas que otras no tienen.

—¿Sí?

—Encanto, belleza, atractivo, imán…

Karin se corrió en el asiento.

—Pues desimántese, Jim. No hace falta que se me acerque demasiado.

—¿Se da cuenta? Era lo que quería demostrarle. Eh, ¿por qué nos detenemos en esta especie de establo?

Karin sujetó las bridas y el caballo quedó quieto.

—Este establo es El Cronista de Abilene.

—¿Su… periódico?

Karin asintió algo apenada, la vista fija en el vetusto edificio de madera.

—Lo heredé de mi tío Miqueas. Fue lo único que respetaron los acreedores en el quinto asalto. Quiero decir en el quinto embargo.

—No se aflija, Karin. Conozco a mucha gente que vive de prestado y no anda lejos de usted.

—Pero puso una cara muy rara, Jim.

—¡Infiernos! —sonrió el joven—. Visto de cerca, no tiene mal aspecto.

Y al tirar del pomo, la puerta salió de sus goznes y se le vino encima.

Karin sonrió azorada.

—Debí repasar las puertas esta semana.

Jim fingió quedarse perplejo y dijo:

—Canastos, por dentro ya es otra cosa. Parece hasta confortable.

—En invierno se pasa algo de frío, Jim.

—Pues aquí tiene una buena estufa. ¡Mmmmm! Parece que oigo crepitar los leños dentro.

Karin se volvió y le dedicó una mirada asesina.

—No es la estufa. Es la rotativa. La máquina de imprimir El Cronista de Abilene.

Jim simuló un fuerte acceso de tos.

—Un día de éstos me haré revisar la vista.

Karin dio una patada en el suelo.

—¿A quién quiere engañar? Se ha dado cuenta de que esto es un corral de vacas. No trate de disimular. Al oír que yo era dueña de un periódico pensó que se trataba de algo más grande. Pero ahora ha visto la realidad. Tal vez no le interesa ya hacer declaraciones al gran Cronista de Abilene.

Jim la tomó por los brazos.

—Karin —dijo—, ahora me interesa de veras.

—Le daré cinco dólares por el relato y un dólar por cada doscientos ejemplares. ¿De acuerdo?

—Trato hecho, Karin.

Ella se mordisqueó el labio inferior.

—Jim.

—¿Sí?

Karin le miró a los ojos.

—No podré pagarle ahora.

—No importa, pequeña.

—Pero puedo darle un pequeño anticipo.

Como Jim la vio tan cerca, la sujetó con más fuerza por los codos.

—Ah, Karin…

—Oiga, no creerá que es un beso o algo parecido. Son tres dólares que llevo muy guardados. Conque vuélvase de espaldas porque voy a dárselos.

Jim hizo una mueca y se volvió a regañadientes.

Karin se levantó la falda.

Jim aprovechó el reflejo de un cristal y vio por allí que Karin sacaba el dinero de una liga-portamonedas.

—¿Hay algo para nosotros, nena? —inquirió una voz de feo

timbre.

Karin emitió un pequeño chillido, bajó el telón y se volvió.

Jim también miró hacia la puerta y vio a dos sujetos parecidos a dos montañas de carne humana.

Frunció el entrecejo y dijo:

—No hay nada para ustedes, señor Mulo. El establo queda junto a las primeras casas del pueblo. Y también tienen la herrería al lado por si quieren calzarse.

Las dos moles de carne se miraron un segundo.

El que había hablado lanzó un salivazo por el sesgo de la boca.

—Lo oíste, Locky. Éste es el amigo del grandullón que nos sacudió esta mañana.

Jim alzó las cejas.

—De modo que ustedes son Locky y Rocco. ¿Se les pasó el susto, muchachos?

Rocco se tocó el moretón del maxilar, más bien parecido a una salchicha pasada.

—Esto me lo hizo su amigo el elefantón, Latimer. Por eso nos vamos a vengar en usted.

—De modo que es un ajuste de cuentas, ¿eh? Bob les cascó y ahora quieren resarcirse conmigo.

—Sabemos que usted es su amigo del alma. Conque iremos por partes. Primero le sacudimos a usted la paliza que el difunto señor Morgan pagó. Y después iremos a ver a su elefante y esta vez le atacaremos con tuberías de plomo.

—Tuberías de plomo —sacudió Jim la cabeza, desaprobatorio—. Eso está feo, chicos.

—Más feos estarán usted y su amigo cuando arreglemos lo pendiente.

Jim los miró.

—Muchachos, ustedes se llevan algo en la manga. No son de los que trabajan por amor al arte. Cobran por pegar. ¿Me equivoco?

—No se equivoca.

Jim sonrió.

—Bien, Rocco. Entonces alguien les ha pagado para zumbarme, ¿no es así?

Rocco hizo una mueca y se dirigió a su compinche.

—¿Lo estás viendo, Locky? No servimos para el teatro. Nos ha

calado inmediatamente.

Jim ensanchó la sonrisa.

—Eso ya está mejor. ¿Quién les pagó por sacudirme y por qué motivo?

Rocco suspiró roncamente.

—Recibimos un mensaje envuelto en una piedra. Con el mensaje iba un billete de diez dólares.

—¿Qué decía el mensaje, muchachos?

—Decía: «Aticen una paliza a Jim Latimer, y cuando ya esté moviendo la cola, le preguntan, ¿dónde tiene escondido el aguadulce?».

Jim respingó y entornó los párpados.

—Querrá decir un aguafuerte, Rocco.

—Exacto, infiernos. Un aguafuerte. ¿Qué es eso, míster?

—Se trata de un cuadro grabado en metal en vez de dibujado en un lienzo.

—Canastos. ¿Alguna obra de arte, Latimer?

—Más o menos. ¿A quién tenían que darle la respuesta?

—El mensaje agregaba que ya se pondrían en contacto con nosotros. Entonces recibiríamos otros diez dólares con otra piedra.

—Ya.

—Por eso tenemos que sacudirle, Latimer. El hombre que pagó los diez sabrá que hemos hecho nuestro trabajo cuando usted se vea lleno de chichones. Sólo entonces se pondrá en contacto con nosotros y nos lanzará los otros diez machacantes.

Karin comenzó a correr de repente y por el camino gritó:

—¡Avisaré al *sheriff*, Jim!

Rocco le cortó el paso y abrió los brazos riendo.

—Anda, pequeña. Intenta pasar y te agarro.

Karin hizo un quiebro con el cuerpo para esquivar las manazas de Rocco.

Pero éste consiguió atraparla por la manga.

—¡Suélteme! —chilló Karin.

Jim se aproximó lentamente.

Y cuando tenía a Rocco a su alcance, dejó ir su izquierda.

Estalló explosivamente en el rostro de Rocco.

—¡Infiernos! —rugió Rocco al verse rodando por los suelos.

Locky avanzó hacia el joven. Hizo un amago con la izquierda y

fue a descargar la derecha.

Pero Jim se agachó. El disparó por encima de su cabeza.

Entonces, Jim replicó con un zurdazo de abajo arriba.

Locky quedó muy erguido.

Y fue cuando le atrapó de lleno la derecha de Jim.

El golpeado abandonó el suelo.

Saltó por encima de la máquina de imprimir y la puso en marcha.

Chilló al ver que le atrapaba el faldón de la camisa y lo atraía hacia unos dientes de hierro que cortaban el papel, pero que eran capaces de hacer rebanadas de un ser humano.

—¡Sálvenme! —chilló Locky.

Karin dio un manotazo a una palanca y la máquina quedó frenada en seco.

Locky corrió para caer sobre Jim, quien estaba ahora enzarzado en un cuerpo a cuerpo con Rocco.

A Rocco también le iba mal y su compinche no llegó a tiempo de sacarle del apuro.

De repente, el puño de Jim percutió entre los ojos de Rocco, y éste cayó al suelo, donde quedó enrollado como una serpiente.

Locky gruñó peligrosamente y se lanzó a la carga.

Jim se dio la vuelta y lo cazó con otro gancho al hígado.

Añadió un cachete con la mano abierta, y cuando Locky quedaba de rodillas, Jim lo remató con un mazazo en todo lo alto. Jim se sacudió las manos.

Karin tenía una mano sobre la boca para contener el grito que desde hacía rato pugnaba por salir de su garganta.

—¿Cómo lo hizo? —exclamó.

—¿Se refiere a abatir a esos monos?

—¡Tiene que marcharse antes de que recuperen el conocimiento! ¡Entonces querrán tomarse la revancha!

—Cuando esta pareja recupere el conocimiento, lo único que querrán tomar es una ducha.

—Tengo miedo, Jim —dijo Karin, y corrió a los brazos de él. Jim la abrazó y le pasó la mano por la espalda.

—Calma, nena.

—Llévatelos de aquí, Jim.

Jim tuvo que soltarla muy a su pesar.

—Tendrás que dejarme tu carromato para acarrear a estos dos orangutanes hasta el centro del pueblo. Además, necesito hacer unas indagaciones.

Karin asintió con varias cabezadas.

—Sí, Jim.

Jim arrastró primero a Rocco y luego a Locky hacia la puerta. Poco después los cargaba en el carromato y saltaba al pescante. Se despidió de Karin lanzando un beso al aire.

Ella le dirigió una mirada de admiración.

Luego, giró sobre sí misma y se precipitó en el local del periódico. —¡Muevan las máquinas!— exclamó al vacío.

Y se puso a trabajar afanosamente en el artículo que hablaba del hombre más maravilloso que había conocido.

CAPÍTULO VI

Jim fue a entrar en el hotel La Urraca, pero ocurrió algo sorprendente cuando ponía el pie en la acera.

El techo del porche se vino abajo con gran estruendo.

Jim saltó atrás para que no le atrapara la vieja marquesina de madera.

Se produjo un revuelo de astillas, polvo de carcoma y ruido de hojalata del tejadillo.

De entre el montón de astillas surgió Bob Cath.

—¡Jim! —gritó el hombrón, sucio de pies a cabeza.

Jim dio un salto adelante.

—¿Qué ha pasado, muchacho? Te dije que nunca te asomaras a esa vetusta ventana o el hotel se vendría abajo.

Bob iba a explicar lo ocurrido, pero Olivia, la dueña del hotel La Urraca, salió pegando rugidos y echando la culpa de todo el desaguisado a los dos huéspedes.

Jim atrapó por un brazo a Bob y se lo llevó a varias manzanas de distancia.

Cuando se detuvieron, el grandullón Bob todavía temblaba.

—¡Quisieron matarme, Jim!

—¿Eh? ¿De modo que trataron de desnucarte echándote por la ventana?

—Ca, hombre. Se presentaron dos tipos armados en la habitación cuando yo estaba recuperando fuerzas y rezando para que esa muchacha respetara nuestro dinero.

—Ella no es como las otras.

—¡Ja! —exclamó Bob tristemente—. Al grano. Los dos tipos me obligaron a punta de revólver a que les dijera dónde teníamos el condenado aguafuerte.

—Otra vez el aguafuerte —gruñó Jim—. Sigue.

—Y cuando les describí al tipo de la nariz ganchuda que nos lo

compró por doce dólares, quisieron saber dónde podrían encontrarlo.

—Continúa, Bob.

Bob se enjugó el sudor que cubría su cara.

—Apenas les dije que no sabía dónde paraba el tipo de la nariz ganchuda ni quién diablos era, ¿sabes lo que hicieron esos hijos de perra?

—Curvaron los dedos sobre los gatillos.

—Diste en la diana, Jim. Los vi empezar a apretar la tecla del revólver. Y aproveché mi proximidad a la ventana.

Jim asintió con un gruñido.

Bob cabeceó pesaroso.

—Dios santo, Jim. Tenía que salvar la piel como pudiera. Conque me tiré de cabeza. Caí sobre la marquesina y…

—Ya conozco el resto de lo ocurrido. Por poco me agarras debajo de las ruinas.

—No podía hacer otra cosa, muchacho. Aquellos dos tipos me habrían convertido en un pasapuré de agujeros grandes.

—Bueno, ya pasó todo.

—¿Qué va a pasar, infiernos? Tenemos más de cien dólares, buenos proyectos y una mala acogida en esta ciudad. ¿Por qué diablos permanecemos aquí, Jim?

Jim emitió una tosecilla.

—Hemos de salvar una vida.

—¿Una vida? ¿Y quién salvará las nuestras?

—Hemos de encontrar al tipo que nos compró el aguafuerte.

—Ni hablar, Jim.

—Sí, muchacho. Sin duda es un hombre aficionado al arte y ahora resulta que, por comprarnos el maldito aguafuerte, un par de pistoleros quieren hacerle el relleno. Debo mencionarte que Rocco y Locky fueron pagados por un personaje misterioso para que les dijera dónde tenía el aguafuerte. Sin duda, el personaje misterioso es el mismo que pagó a Less Talbot y a Johnny el Espiritista. Y ese «cerebro» es quien desea averiguar el paradero del aguafuerte.

—¿Y qué me dices del tipo que le quitó la tos con un cuchillo al rubio Duke Morgan?

Jim se rascó la barbilla pensativamente.

—Tengo una teoría, Bob.

—Cuando tienes una teoría, yo tengo tembleques. Siempre acabamos por meternos en líos.

—Mi teoría es que Duke Morgan poseía el aguafuerte después de un trabajo laborioso.

—Era aficionado a meterse en enredos por ganar plata.

—Sí, Bob, Duke Morgan llegó a poseer el aguafuerte y de pronto se vio con una manada de asesinos a su alrededor. Lo habían descubierto. Entonces ideó deshacerse del aguafuerte. Y aprovechó tu llegada al despacho.

—De modo que ese caradura me traspasó el ascua ardiente…

—Más respeto con los muertos, Bob. Duke se vio perdido y te largó el aguafuerte, pensando en que se lo devolverías cuando se enfriara el caldo.

—Salgo yo con el aguafuerte bajo el brazo, ¿qué pasa ahora?

—Entonces llega el asesino del cuchillo y le hace el mechado al rubio. El asesino se vuelve loco buscando por los rincones y no encuentra el aguafuerte.

—Entonces, el tipo del cuchillo nos envía a los dos tipos de las pistolas: a Less Talbot y a Johnny el Espiritista. Pero mueren sin poder llevar el resultado de su gestión a «su jefe». ¿Entiendes?

—Oscuro, pero entiendo.

—Ahora el tipo del cuchillo ha pagado a esos dos mastodontes muertos de hambre para que me pagaran una paliza. Pero al mismo tiempo envió a otros dos pistoleros para que te hicieran confesar, por si los luchadores fracasaban conmigo, que ha sido lo que ha pasado.

Bob se rascó tras la oreja.

—Demonios, Jim. Por lo que veo, el asesino, el jefe, el diablo, como lo quieras llamar, está movilizando todas las fuerzas vivas de la ciudad por seguir la pista del aguafuerte.

—Sí, Bob.

—De modo que el rubio Duke Morgan dijo la verdad la primera vez en su vida. Dijo que el aguafuerte valía mucho dinero.

—Tal vez presintió que iba a morir y por eso quiso marcharse de este mundo diciendo algo veraz.

—¡Eh! ¿Y dónde diablos se ha metido Mac el Cobra, o sea, el supuesto profesor Karate?

—Hace rato que lo tenía en el pensamiento. Y opino que, cuando

mataron a Duke Morgan, salió por piernas y debe estar escondido en algún agujero como una rata. Conque será inútil buscarlo.

—Lo que más urge es encontrar el pobre tipo que se encaprichó de nuestro aguafuerte. Antes de que esos dos pistoleros hagan indagaciones acerca de él, lo encuentren y le hagan la autopsia en vivo.

—Yo te espero en el bar de enfrente, Jim.

—Está bien, Bob. Ya veo que estás demasiado impresionado. Pero no estará de más que investigues por ahí sobre un tipo de nariz ganchuda y demás características personales que ya conoces. Así nos repartiremos el trabajo…

—¡Ustedes no van a ninguna parte excepto a mi celda! —interrumpió el *sheriff* Casbury acercándose con la mano apoyada en el Colt.

—¡Caramba, autoridad! ¡Cuánto bueno…!

—Cierre el pico y mueva las piernas hacia la oficina. Dos puertas más allá.

—Eh, *sheriff* —protestó Jim—. ¿De qué nos acusa ahora?

El *sheriff* Casbury enseñó sus dientes de lobo.

—Tengo una docena o más de acusaciones contra ustedes. Factura no pagada al hotel, peleas, destrucción del porche de entrada del hotel La Urraca… Pero no pienso emplear eso en contra de ustedes… de momento.

—También piensa colgarnos algún caso de rapto. O de billetes falsos de a siete dólares, ¿eh?

—No me venga con sus bromas, Latimer. Ahora los tengo bien agarrados.

—¿De veras? ¿Qué piensa poner sobre nuestros honrados hombros?

Casbury entornó los ojos y sonrió triunfalmente.

—Bob Cath se cargó a Duke Morgan. Y usted lo planeó todo, Latimer.

Jim dio un respingo.

—Eh, *sheriff*, ¿se duchó haciendo la digestión?

—¡Sé lo que me digo, Latimer!

—De modo que nos quiere colgar el asesinato de Duke Morgan.

—Tengo un par de testigos que presenciaron la pelea que Bob sostuvo en la oficina de Duke Morgan un rato antes de ser

descubierto con aquel agujero de cuchillo en el pecho.

—Calle, *sheriff*…

—Acabo de verlo todo claro como el cristal, Latimer. Morgan les debía doscientos dólares. Usted envió a Bob Cath para que se los sacara. El señor Morgan se defendió pagando a Rocco y Locky. Pero no le sirvió de nada, porque este mastodonte los tumbó.

—¿A quién llama usted mastodonte? —exclamó Bob.

—A usted, Cath.

Y como Bob vio que el *sheriff* rechinaba los dientes, sacudió la cabeza de arriba abajo y dijo con un hilo de voz:

—Bueno, si lo dice usted…

—Y también le aseguro que usted le clavó el cuchillo a Duke Morgan.

—¡Soy inocente, *sheriff*! —exclamó Bob, aterrado.

—Tendrá que probarlo, Cath. Yo tengo un par de testigos que le vieron deambular por la oficina de Duke Morgan a la hora del crimen. Y también tengo a Rocco y a Locky, que testificarán su pelea con usted. Mencionaron que usted los sacó como dos piltrafas de la oficina y se quedó muy solito con el difunto señor Morgan.

—Yo… No…

Jim tosió con fuerza e intervino:

—*Sheriff*, usted ha llevado las cosas demasiado lejos. Bon es inocente. Yo declararé en favor de él:

—¿Y quién declarará en favor de usted? —dijo el *sheriff* con rabiosa sorna.

—Bob.

Casbury encogió el cuello dando un respingo.

—¡Comiencen a andar hacía mi oficina, pájaros!

Bob comenzó a desgranar una serie de lamentos.

Pero el *sheriff* lo empujó hacia el interior de la oficina, camino de la celda.

De repente, Casbury salió dando un giro en redondo.

—¡Infiernos! —aulló—. ¿Dónde se ha metido, Latimer?

Se volvió, pero Latimer había desaparecido como el humo.

Y soltando una sarta de imprecaciones y denuestos, Casbury empujó al gimiente Bob hacia la celda.

CAPÍTULO VII

Jim acababa de llegar a la casa de baños.

En la puerta de las duchas de Joe encontró al mismo tipo musculoso, cubierto por una simple camiseta. Estaba sentado en una silla, cuyo respaldo apoyado en la pared. En la camiseta del tipo musculoso se veía una palabra: «Joe».

—Hola, amigo —saludó Jim.

—Vaya calor, ¿eh? No es usted el primero que se ducha tres veces en el día.

—No vengo a ducharme. Joe.

—¿No?

—Quiero averiguar algo.

Joe chascó la lengua.

—El peor sitio para averiguar cosas en un establecimiento de duchas. Uno tiene que ser discreto si quiere que el negocio funcione. No se puede abrir demasiado la boca.

—Explíquese.

Joe bostezó.

—En estas casas de duchas pasan cosas singulares. Por ejemplo, una vez se presentaron ahí, justo donde pisa usted, un hombre y una mujer que me preguntaron cuántos lunares tenía un cliente que se estaba duchando. Conque abrí la espita y dije que tres lunares en triángulo. Entonces el hombre y la mujer entraron y sacaron al tipo desmayado. Según aclaré después, el cliente era el esposo de la mujer y el cuñado del hombre. Pero el *sheriff* me apretó las clavijas por meterme donde no me llaman.

—Comprendo.

—Para que lo acabe de entender, le mencionaré a los dos tipos que se presentaron una mañana y quisieron saber si el gordo que se estaba dando un baño de pileta llevaba un tatuaje en forma de lagarto. También abrí la boca. Entonces, los dos fulanos me

pidieron jabón y toallas y entraron. ¿Sabe lo que pasó?

—Dígalo usted, porque carezco del don de la clarividencia.

—Pues que los dos fulanos eran dos locos escapados del sanatorio de Kansas. El gordo era el médico de la Institución, que venía huyendo al saber la fuga de los locos. Pero la pareja entró en el departamento de piletas y, con dos hachas, no quiera saber lo que hicieron ahí.

—Hay cosas que mejor es no nombrarlas —carraspeó Jim.

—El pobre doctor fue sacado a cubos y trasladado a su tierra natal en un barril de melaza…

—Mi pregunta no se refiere a clientes —interrumpió Jim.

—¿No?

—¿Vio usted a un tipo de nariz ganchuda que entró cuando nos bañábamos?

Joe frunció el entrecejo.

—Me falta la memoria…

—Póngase este dólar en la cresta y trate de probar ahora.

Joe atrapó el dólar que le daba el joven e hizo una mueca.

—Sí. Me va algo por la cabeza. Era un tipo con nariz de gancho.

—¿Lo vio tomar una dirección determinada?

Joe tuvo un brillo singular en los ojos.

—Casi ha tenido usted suerte… Lástima que sea yo tan distraído. Porque lo habría visto meterse en algún lugar.

Jim respiró con fuerza.

—Para mejorar mi suerte, ¿serán buenos dos dólares?

—Mejor serían tres. Equivaldrían a una pata de conejo para usted, míster.

—La próxima vez que se me ocurra tomar un baño acudiré a un charco antes que aproximarme a una casa de baños —gruñó Jim, sacando los tres pavos.

—El tipo de la nariz de gancho salió de aquí con lo que le vendió usted, creo que era un tablero de ajedrez o algo así.

—Pase por alto los detalles, Joe.

—Lo vi meterse en los Apartamentos Anthony. En aquella esquina que se ve desde aquí.

—Espero que, cuando vuelva yo por aquí, me preste un servicio gratis, Joe.

—Y le daré jabón perfumado —sonrió el dueño de los baños,

encantado de ganar la plata con tanta facilidad.

Jim se dirigió al edificio cuyo cartel rezaba: Apartamentos Anthony.

Todavía esperaba encontrar al tipo vivo.

George Vince se apretó la ganchuda nariz mientras paseaba nervioso por la habitación 13 de Apartamentos Anthony.

Estaba esperando a alguien, pero no llegaba.

Se acercó a la cama y levantó el colchón.

Allí estaba el cuadro. Los cuatro sauces llorones junto al lago. Era hermoso, muy hermoso, y lo tenía él, George Vince. Era suyo porque lo había comprado con su dinero.

De pronto, oyó una risita y se asustó.

Dio una vuelta en su alrededor, pero no había nadie más en el cuarto, y entonces se dio cuenta de que la risa era suya.

Tenía motivos para reír. Iba a hacer el mejor negocio de su vida. Ganaría mucho dinero con aquellos «sauces llorones».

Llamaron a la puerta y Vince dio un respingo y dejó caer su colchón sobre el cuadro.

Llevó la mano al revólver.

—¿Quién es?

—Soy yo, May
O'Rourke
—contestó una voz femenina.

Vince se precipitó a abrir, pero cuando llegaba ante la puerta se detuvo y sacó el revólver. Podría ser una trampa.

—May, ¿cuál es tu canción favorita?

—¿Eli?

—Contesta, May. Tu canción favorita.

—«Llévame de noche al río».

—¿Cuántas veces te casaste?

—Tres.

—¿Y qué fue de tus esposos?

—Del primero me fugué, los otros dos los mataron… Fue cuestión de mala suerte.

Entonces, Vince dejó el revólver en la funda y abrió la puerta.

—Ya puedes entrar, May.

May era una chica rubita, de cara preciosa, con nariz respingona

y hociquín saliente. A sus veintiséis años había hecho muchas cosas en la vida, casi de todo.

—George, ¿qué significa esto? No me irás a decir que se trata de un concurso.

—Sí, nena, eso es, un concurso. ¿Y sabes cuál es el premio? Cincuenta mil dólares.

—Échame el aliento. Geo.

Vince se volvió hacia la mesita de noche y mostró una botella que estaba llena, sin destapar.

—La compré para que tú y yo lo celebráramos, pero todavía no lo probé, May.

—¿Dónde están los cincuenta mil dólares?

—Aquí.

May observó las paredes, de las que colgaban el papel por efecto del tiempo, el lavabo descascarillado, una silla coja, la cama ladeada.

—George, sólo vine aquí para que me pagues aquellos veinticinco dólares que te presté. Me prometiste que me devolverías cincuenta. Cuando recibí tu nota, me dije que las buenas acciones se cobran porque estoy en el mundo por mi naricilla bonita, y ya sabes lo que quiero decir con eso: arruinada.

—Tendrás algo más de cincuenta dólares, bombón.

—George, por favor, amor no. Hoy rechacé dos buenos partidos, tipos muy guapos, y tú con esa cara no me gustas nada… Si al menos te hubieran recompuesto la nariz…

Vince se echó a reír de buen humor.

—Ven y acércate; quiero enseñarte algo.

—¿El qué?

—Los cincuenta mil dólares.

La joven se quedó con la boca abierta, pero, finalmente, caminó hacia George, que ya estaba junto a la cama. George tomó el colchón y tiró de él.

Ante los bonitos ojos azules de May apareció el cuadro de Gragg.

—¿Qué es «eso»?

—¿No lo ves…? Un paisaje.

—¿Crees que estoy ciega? Puedo decirte también lo que hay: cuatro arbolitos y un charco con agua.

—Sí, nena, se puede definir así.

La joven hizo una mueca.

—Muy bien, ya me has dado la sorpresa, no sabía que fueses pintor. Ahora enséñame los cincuenta mil dólares.

—«Ahí» están los cincuenta mil dólares.

La joven retrocedió un paso.

—George, no tienes que preocuparte, se te pasará enseguida… Si no bebiste, ha debido ser el sol… A un hermano de mi primer marido le dio mucho peor, se puso a relinchar y a pegar coces en la casa y a decir en voz en grito que era un caballo… Para sacarlo de allí tuvieron que enjaezarlo y ponerle en la cabeza una bolsa de avena…

Vince se echó a reír. Dejó caer el colchón y se atrapó los riñones.

May O’Rourke se dirigió hacia la puerta.

—George, te permito que te quedes con mis veinticinco dólares, quiero decir que no hace falta que me pagues los cincuenta.

—Claro que te los pagaré.

—Oh, sí, me los pagarás. Mándamelos cuando llegues al manicomio, perdón, quise decir a la cuadra… Madre mía, no doy una.

Vince se acercó a la joven.

—Nena.

—¡No me toques!

—Sé que es difícil de comprender para ti, May. ¿Cómo puede valer ese cuadro cincuenta mil dólares…? Pero es tan cierto como que me ha de comer la tierra… ¿Sabes una cosa, nena? Detrás de este cuadro hay mucha gente, pero yo lo he conseguido. ¿Y sabes por qué…? Porque soy el más listo… May, no te puedo dar explicaciones ahora, pero tienes que sacar el cuadro de aquí… Llévatelo a tu hotel.

—Estoy hospedada en El Urraca y allí no saben admirar obras de arte —contestó May, que todavía no estaba segura de la cordura de Vince.

—Nena, mañana a primera hora saldremos de Abilene. Sólo tendremos que llegarnos a un lugar donde convertiremos el cuadro en la fortuna que te he dicho, cincuenta mil dólares… Has de tener confianza en mí, pero te voy a dar un consejo: no le digas a nadie

que tienes el cuadro… No se lo enseñes a ninguna otra persona… Guárdalo en tu habitación y no lo toques. Mañana, a primera hora, pasaré a por ti y juntos emprenderemos el viaje hacia la mayor bolsa de dinero que hayamos podido soñar.

—Sí, George —dijo May, medio inconsciente por la verborrea de Vince.

George sacó el cuadro del colchón, lo envolvió en papel, le ató una cuerda y lo puso bajo el brazo de la joven.

—May, recuérdalo, este cuadro nos arreglará el futuro… Ahora, vete.

—Sí, George —asintió May.

Vince empujó a la joven, y cuando ésta hubo salido, cerró la puerta.

Se frotó las manos. Todo iría bien. De primera.

No tenía que preocuparse.

Ahora necesitaba descansar un poco, dormir, porque las últimas horas habían sido agotadoras. Sabía que ya habían muerto unas cuantas personas en Abilene por culpa del cuadro, pero ahora él no lo tenía. Se había librado de los cuatro sauces llorones. Podía estar tranquilo.

Cerró la ventana sumergiendo la habitación en la oscuridad y se tendió en la cama. Cerró los ojos y dio un suspiro. Tenía la impresión de que había hecho una larga caminata. Su cuerpo estaba molido. Eso era lo que pasaba al final de una gran tensión de nervios.

Se durmió enseguida.

Al cabo de un rato recordó una cosa: no había cerrado la puerta con llave.

Bueno, ¿y por qué tenía que cerrarla con llave si ya no tenía el cuadro?

«No tengo el cuadro —se dijo—, pero ellos no lo saben».

Le pareció oír una respiración. De la misma forma que, cuando rió, resultó que era su risa, decidió que la única respiración que había oído era también la de él.

Oyó un ronquido bronquial.

Tenía que cuidarse. Iría a un buen doctor en cuanto cobrase el dinero.

Pero él había respirado siempre perfectamente.

Se estremeció de pies a cabeza al pensar que en la habitación no se encontraba él solo, que hubiese otra persona.

Ahora estaba atento a todos los ruidos, más despierto que en ningún otro momento de su vida, pero no se movía en la cama.

Oyó un suave roce a los pies del lecho.

Ya no tuvo ninguna duda. Allí, en la habitación, había otro hombre.

Sintió la garganta reseca y pensó en lo bien que le sentaría un trago de la botella que estaba en la mesita de noche.

Era un condenado cobarde… Claro que estaba solo. Todo aquello no eran más que imaginaciones suyas.

Se volvió en la cama y alargó la botella hacia la mesita de noche para atrapar la botella.

Pero no fue la botella lo que tocó.

Tocó un brazo. El brazo de un ser humano.

Y esta vez no podía ser «su brazo» porque él sólo tenía dos.

Miró despavorido hacia la oscuridad y entonces vio los dos agujeros brillantes que había allí, un poco a la derecha de la mesita de noche.

—Hola, George —dijo una voz ronca.

George hubiese chillado de buena gana, pero se dijo que, si lo hacía, podía peligrar su vida.

—Buenas… —contestó.

—¿Sabes quién soy?

—Espera a ver si lo acierto… Tú eres… Ya está. Luke el Aceitoso.

—No, George.

—Jim el Cavernícola.

—No hace falta que continúes, George. Tú nunca me has visto a mí…

—Entonces… No comprendo…

—Me vas a comprender enseguida. Tú tienes algo que yo quiero.

—Eres un ladrón y quieres dinero… Bueno, en la mesita de noche encontrarás cinco dólares… También hay una botella de *whisky*… Llévatelo todo.

—No seas estúpido, Vince. ¿Crees que me molestaría por tan poca cosa? Yo te diré a por qué he venido. Por el cuadro.

Vince ya lo sabía desde hacía rato, pero trataba de engañarse a

sí mismo.

—El cuadro —repitió.

—Y no me preguntes a cuál me refiero… Ya sabes que es el de los cuatro sauces llorones, el que firmó Cragg, el que tú compraste por doce dólares en la casa de baños de Joe.

—Verá, amigo, el caso es que…

—No quiero excusas. Ya me entretuve demasiado. Me darás el cuadro y me largaré. Te dejaré doce dólares en la mesita de noche y otros veinte por tu amor a la pintura; eso siempre me ha conmovido.

—Verás, el cuadro ya no lo tengo yo…

—¿Cómo?

—Lo vendí.

Una mano enguantada se posó sobre el cuello de Vince. George fue a gritar y la mano apretó más.

—Silencio, Vince.

—Sí, me callaré… Fue el susto, ¿sabes?

—¿A quién vendiste el cuadro?

—A un marchante… Eso, me vio con el cuadro entrar en el hotel y me dijo que estaba dispuesto a pagarme veinticinco dólares por él… Es un tipo de cabello y bigote blancos… Dijo que se iba a Austin enseguida. Ya debe estar a unas veinte millas de Abilene, pero, si te das prisa, lo atraparás.

—Me estás mintiendo, puerco.

—Oh, no, no te miento.

—Lo sabremos enseguida.

Vince sintió que la mano enguantada le apretaba el cuello. El aire huyó poco a poco de sus pulmones.

—¿Qué hiciste con el cuadro, George?

George comprendió que había llegado su última hora. ¿Y si decía la verdad…? Quizá le dejase libre. Al fin y al cabo, significaría tan sólo renunciar a los cincuenta mil dólares…

—Te lo diré, amigo…, pero suéltame…

—Anda, habla.

La presión de la mano cedió y Vince pudo respirar otra vez.

—Se lo di a May
O’Rourke.

—¿Quién es May

O'Rourke?

—Una chica que utilicé un par de veces como gancho en las partidas de póquer… Bueno, está a disposición de otros, le da bien a los naipes y sabe atraer a los primos.

—¿Dónde la podré encontrar?

Vince se dijo que podría reservarse una noticia. Le cambiarla el nombre del hotel y, si lo dejaba vivo, se marcharía al hotel La Urraca en busca de May y juntos emprenderían el viaje, sin dejarlo para el día siguiente.

—May se aloja en una habitación del hotel Mandrágora.

El hotel Mandrágora estaba en el lado opuesto de la ciudad, muy lejos del Urraca. Mientras aquel hombre iba al Mandrágora, May y él, George, tendrían tiempo para salir de Abilene.

—Está bien, George, iré a ver a May

O'Rourke.

—Dile que te dé el cuadro de mi parte y que la veré mañana.

—No, George; hay un pequeño fallo en ese mensaje; por eso no se lo podré dar.

—¿Qué?

—No podrás ver nunca más a May porque vas a morir.

Antes de que pudiese gritar, dos manos cayeron sobre el cuello de Vince.

George se debatió en la cama, tratando de librarse de las garras, pero no conseguía nada. Las manos del desconocido eran muy fuertes, de dedos largos que parecían garfios.

El aire salió por entre los dientes de Vince, se deshinchaba como una vejiga.

Dio dos coletazos y quedó inmóvil.

Una sombra se deslizó hacia la puerta y desapareció.

La habitación de George quedó silenciosa.

Habían transcurrido dos o tres minutos cuando llamaron a la puerta.

—Eh, amigo, despierte.

George Vince no podía despertar porque estaba durmiendo el último sueño.

Se abrió la puerta y Jim Latimer entró en la estancia.

La luz que procedía del corredor iluminó el cuerpo inmóvil que había en la cama.

Jim vio las marcas en el cuello de Nariz Ganchuda y apostó a que estaba más muerto que la momia de un faraón. De todas formas, no le costaba nada comprobarlo. Se acercó y al tocar el cuerpo se dio cuenta de una cosa: de que estaba caliente.

CAPÍTULO VIII

May O'Rourke dijo:

—Bobito, si estoy loca por ti.

—Se la pegas a tu tía, nena —respondió el hombre que se encontraba en la habitación con la joven, un tipo pelirrojo y fornido.

May corrió hacia él, y como el pelirrojo estaba de espaldas, le pasó los brazos por las axilas, cruzando sus zarpitas sobre el pecho varonil.

—Te dije a lo que fui, a por los veinticinco dólares que me debía George Vince.

—¿Y qué le diste a cambio?

—Nada.

El tipo se volvió.

—¿Dónde están los veinticinco dólares?

—No me los dio.

—¿A quién quieres tomar el pelo?

—Te puedo demostrar que estuve con George. No me dio los veinticinco dólares porque se volvió loco.

—¿Qué?

—Chiflado —contestó May, haciendo rodar su dedo índice en la sien—. En lugar de dinero me dio un cuadro, uno que representa unos arbolitos y un lago… El bueno de George me dijo que esa pintura valía cincuenta mil dólares… Qué cosas, ¿verdad? Un hombre sano y de pronto se pone a decir tonterías…

—¿Dónde está ese cuadro?

—Lo dejé ahí contra la pared. Mañana mismo se lo llevaré a Isaías, el prendero de la calle del Chivo. Trataré de que nos de cinco machacantes… Tendremos para iniciar una partida de póquer…

Cariño, tú solo tienes que traerme a los primos y ya verás cómo tu May les limpia los bolsillos.

Dio dos pases con las manos y de pronto aparecieron en su diestra cuatro ases.

—¿Qué tal, bonito? ¿No es lista tu May?

—Mucho.

—Es lo bueno que tengo yo, que todo el mundo me cree tonta. Tenías que ver la cara que ponen cuando saco la escalera de color en la última jugada…

—Me va algo por la cabeza…

—¿Te sientes mal, Chill…? Acuéstate y te pondré unas compresas marca de la casa —guiñó un ojo traviesamente.

—Me encuentro bien. Ahora me refería al cuadro… Es como si tuviese unos cuantos recuerdos en la cabeza y tratasen de unirse como las piezas de un rompecabezas, pero faltan algunos trozos.

—No te comprendo.

—Nena, he oído en alguna parte algo con respecto a un cuadro que valía mucho dinero.

—¿Quieres decir ese cuadro? —señaló el cuadro arrimado a la pared.

Chill hizo chascar los dedos.

—Ya sé. Fue en el saloon Amarillo. Yo había bebido demasiado. Estaba con un par de amigos repartiendo el dinero de nuestro último negocio, ocho miserables dólares del tipo que asaltamos en el camino a Abilene… Alguien hablaba de un cuadro… ¡Y se refirió a que valía cincuenta mil dólares!

El pelirrojo se precipitó sobre el cuadro… No tuvo paciencia para desatar el hilo, cortó la cuerda y luego quitó el envoltorio, y puso ante sus ojos los cuatro sauces llorones y el lago.

—¡Éste debe ser!

—Pero ¿quién va a pagar cincuenta mil dólares por eso?

—No recuerdo más, pero estoy seguro de que se referían a un cuadro con cuatro sauces.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Chill se dio mucha prisa en envolver el cuadro y colocarlo bajo la almohada.

—¿Esperabas a alguien, May?

—No. George me dijo que vendría mañana para ir juntos al sitio

donde dan el dinero por el cuadro, pero no dijo dónde… Quizá sea él y haya decidido que nos larguemos antes.

Chill sacó el revólver.

—Entonces, lo voy a mandar a un sitio más lejos.

—Chill, no me gustan los muertos.

—Está bien, nena, no te preocupes, lo dejaré sin conocimiento y nos largamos… Anda, abre la puerta.

May sólo abrió un palmo.

Miró al corredor. Allí había un hombre que se cubría de negro. Sus facciones eran alargadas y sus ojos miraban como los de un cadáver. La joven no pudo contener un respingo.

—¿Qué quiere?

—¿Eres May O'Rourke?

—Sí.

—Quiero hablar contigo.

—Otro día, hermano.

May fue a cerrar la puerta, pero el hombre enlutado se lo impidió.

—Ha de ser ahora.

El desconocido entró en la habitación.

—Apártate, May —dijo el pelirrojo Chill.

La rubita se apartó muy deprisa y, de esa forma, el desconocido quedó enfrentado con el revólver que empuñaba el pelirrojo.

—Eh, ¿qué recibimiento es éste?

—Ya está dentro como quería. Ande, empiece a hablar con May.

El hombre enlutado se mojó los labios con la lengua y miró a la rubia.

—Me dijeron que es usted muy lista con los naipes.

—Quizá lo sea.

—La necesito.

—¿Para qué?

—He montado una partida en el garito de Jim Holdes. Vendrán dos ganaderos y un agente de bienes y raíces, tipos con dinero. Si tú eres la mitad de lista de lo que me han dicho, esta noche tendremos cada uno doscientos pavos.

—¿Cuál es su nombre, amigo?

—Kirk Dandridge.

—Está bien, Kirk. Acepto. ¿Adónde he de ir?

—Dentro de una hora, en lo de Holmes. Jugaremos en el reservado número 7.

—No faltaré.

—Otra cosa; no me gustan los mirones y con eso quiero decir que el pelirrojo se queda.

—Seguro, Kirk. El pelirrojo se quedará.

Chill, confiado ya por el giro de la conversación, que no tenía nada que ver con el cuadro, enfundó el revólver.

Ocurrió de pronto.

El enlutado que decía llamarse Kirk Dandridge hizo un movimiento rapidísimo con la mano.

Algo silbó por el aire e hizo impacto en el pecho del pelirrojo.

El propio Chill fue el más asombrado de todos al ver el cuchillo que había crecido en su tórax, muy cerca del corazón. Lo más grave de todo era que media hoja se había hundido en su carne.

Se tambaleó, sintiendo que las fuerzas le abandonaban.

Y con las fuerzas se le iba también la vida.

Todo lo vio negro a su alrededor y se derrumbó.

May O'Rourke tenía la boca abierta. Sentía grandes deseos de gritar, pero aquel grito no le salía porque una especie de tampón había crecido de pronto en su garganta.

El enlutado se echó sobre ella y le cubrió la boca con la mano.

—Nena —dijo—, será mejor que te calmes.

Los ojos del enlutado estaban muy cerca de May y la joven sintió un escalofrío porque ahora, más que nunca, tuvo la impresión de que en los ojos de Dandridge estaba la muerte.

—May —prosiguió Kirk—, hay momentos felices en la vida de un hombre y éste es el más feliz para mí. ¿Dónde está el cuadro? —le dejó la boca libre y May pudo hablar.

—Debajo de la almohada.

—No intentes nada. No quiero hacerte daño, pero si pretendes escapar o gritar, te mando con el pelirrojo.

—Descuida, Kirk, estoy de tu parte —tartamudeó May llena de miedo.

Kirk levantó la almohada y atrapó el cuadro, al que quitó el

papel que lo envolvía para hacer la comprobación.

—Míralo, nena, aquí está… Me costó trabajo conseguirlo, pero ya lo tengo y vale cincuenta mil dólares.

La joven se movió hacia la puerta. Sólo tenía un deseo: echar a correr de la habitación.

—Para ahí, May —ordenó Dandridge.

—¿Es que me estaba moviendo? —preguntó la joven forzando la sonrisa.

Kirk se acercó a ella.

—Nena, te vi un par de veces por la calle y me gustaste.

—Yo no reparé en ti.

—Me gusta moverme en las sombras.

—Celebro mucho que te gustase.

—Lo que son las cosas, no imaginé que nos íbamos a conocer tan pronto.

—Uno de mis maridos acostumbraba a decir que el brazo del destino es muy largo.

—Y tenía razón ese esposo tuyo… May, vas a venir conmigo, ¿de acuerdo?

—Clara que sí. Iré contigo adonde tú quieras. Pero, explícame eso del cuadro. Todavía no lo he entendido. ¿Por qué te van a dar cincuenta mil dólares por él?

—Se trata de cumplir la cláusula de un testamento. Verás, en una ciudad unas doscientas millas al norte, llamada Spring Rodeo, murió hace dos meses un tipo de noventa años que se llamaba Mike Parrington. El hombre se fue al otro mundo sin dejar un solo heredero. No había tenido hijos y tampoco había primos, sobrinos, etc. Mike Parrington fue un bromista de primera categoría y, al irse al otro mundo, quiso gastar la broma mayor. Envió su testamento a un juez llamado Travers, el cual lo abrió después de la muerte de Mike, y entonces surgió la sorpresa. Mike dejaba su rancho con todas las dependencias y reses, valorado en cincuenta mil dólares, a la persona que en el plazo de setenta días presentase al juez Treavers un cuadro de un tal Gragg que lleva por título «Los árboles lloran sobre el lago».

—Los sauces llorones…

—Eso es, May. ¿Te das cuenta? Faltan tan sólo unos días para que termine el plazo que dio Parrington.

—¿Y qué pasaría si no se presentase el cuadro?

—El rancho de Parrington pasaría a una asociación de Caridad de Spring Rodeo.

—Hay una cosa extraña, Kirk. ¿Por qué no se dio más publicidad a esa cláusula?

—La gente es muy sinvergüenza y ha procurado que el testamento de Parrington fuese conocido por muy pocas personas.

—Creo que lo voy entendiendo; hay personas interesadas en que el rancho pase a la asociación de Caridad.

—Sí, May, eso es. Pero todo ha sido inútil porque nosotros tenemos el cuadro y, por tanto, vamos a ser dueños del rancho.

En aquel momento se abrió la puerta y Jim Latimer entró en la habitación.

—Está por ver quién va a cobrar los cincuenta mil dólares.

Dandridge atirantó los músculos faciales.

—¿Quién le ha dado vela en este entierro?

—Yo mismo me la tomé. ¿Qué le pasa a ese muchacho? —señaló al pelirrojo.

—Sufría de vértigo —contestó Kirk Dandridge.

—Y para terminar de una vez decidió clavarse un cuchillo. ¿Es eso?

—Oiga, Latimer, por una sola vez, tú y yo vamos a ser sensatos.

—De modo que me conoces…

—Claro que te conozco… Has enredado demasiado con el cuadro. Demostraste ser listo, Latimer, y por eso has pensado que debes recibir tu premio.

—Eres muy amable…

—¿Estás al corriente de la historia?

—Lo oí desde detrás de la puerta.

—Entonces, iremos juntos a Spring Rodeo y cobraremos los cincuenta mil dólares. Haremos dos partes y se acabó.

—Hay un pequeño fallo.

—¿Cuál?

—Has matado a unas cuantas personas, a Duke Morgan, a George Vince, y ahora a este pelirrojo…

—Bueno, ¿qué más da un muerto más que menos…? Además, ellos se empeñaron en buscarse complicaciones.

—Comprendo, tú eres un chico que acostumbra a resolver sus

problemas con rapidez. Si alguien te estorba, al hoyo.

Kirk se apretó el puente de la nariz.

—Bueno, Latimer, no debemos perder más tiempo. Si nos damos prisa, mañana estaremos en Spring Rodeo.

—Tú no estarás en Spring Rodeo.

—¿Qué dices?

—Vas a ir derechito a la cárcel para responder ante la ley de los crímenes que cometiste aquí. En cuanto al cuadro va a quedar muy lejos de tu alcance.

—Ya entiendo, lo quieres todo para ti.

—Te habría dado un poco si no te hubieses manchado las manos de sangre, pero yo no hago pacto con asesinos.

Kirk Dandridge dio un suspiro.

—Supongo que no te voy a convencer para que cambies de idea.

—No, Kirk, no me convencerás.

—Bueno, al menos me dejarás que de mi último vistazo al cuadro.

Sin esperar una respuesta, levantó el cuadro con una sola mano.

De pronto lo arrojó a la cara de Latimer.

Su zurda no estaba ociosa mientras tanto. Tiró del revólver.

Jim saltó a un lado para burlar el cuadro y, en la siguiente fracción de segundo, empujó la culata del revólver hacia abajo e hizo fuego.

Kirk tenía también el Colt entre los dedos, pero no llegó a disparar porque un proyectil le hizo un agujero en el centro de la frente y se derrumbó.

Fue entonces cuando May dio el grito que estaba deseando soltar y cayó desmayada.

—Cincuenta mil dólares… ¿Qué te parece? —dijo en voz alta—. ¿Por qué la gente se ha de matar por el dinero?

Se oyó un tropel de carreras en el corredor. El *sheriff* Casbury y su ayudante se metieron por el hueco.

Casbury soltó un rugido al ver los tres cuerpos que yacían en el suelo.

—Esta vez se pasó por la raya, Jim. Mató también a una mujer.

—No se precipite, *sheriff*.

—Lo estoy viendo con mis propios ojos… ¿Verdad, Zame?

En aquel momento, May volvió en sí.

—Metió la pata, jefe —dijo Zame—. Sólo hay dos fiambres.

—Pero yo sólo maté a uno —dijo Latimer—. Fue en legítima defensa. El de luto se cargó al pelirrojo con el cuchillo.

—Eso se lo va a contar al juez, Jim —contestó el *sheriff* con sarcasmo—, y apuesto a que le divierte mucho.

—Tengo un testigo, *sheriff*: May O'Rourke.

La rubita se puso en pie ayudada por Zame, que aprovechó la oportunidad para tomar las medidas a lo vivo de la hermosa joven.

—*Sheriff* —dijo la tres veces viuda—, el señor Latimer tiene razón, fue en legítima defensa.

El *sheriff* se quedó con la boca abierta y Jim dijo, sonriente.

—Ande, Casbury, ya puedes soltar a mi amigo Bob. May O'Rourke también le explicará que ese tipo, Kirk, confesó antes de morir. Él fue quien liquidó a Duke Morgan y a George Vince. Bob es tan inocente como una paloma.

El *sheriff* se dejó caer en una silla.

—Sabía que esa pareja me daría el aniversario y ya me lo ha dado.

May se acercó a Latimer abanicando las pestañas.

—Querido, ¿cuál va a ser mi parte en ese rancho?

Jim dio un suspiro.

—Somos tres personas las que hemos tocado los sauces llorones, mi amigo Bob, tú y yo. De modo que, ¿te parece bien que hagamos tres partes?

May hizo mentalmente las cuentas.

—Bueno, una tercera parte de cincuenta mil dólares es también un buen pellizco —sonrió—. Trato hecho, Jim Latimer.

CAPÍTULO IX

Jim Latimer entró en el establo donde se confeccionaba El Cronista de Abilene.

Las máquinas funcionaban a toda marcha.

Karin Barton estaba dando órdenes a un par de muchachos.

—Hola, Karin.

La joven vio a Jim y su rostro se inundó con una resplandeciente sonrisa. Se acercó con paso resuelto a Jim y, antes de que él se diese cuenta, le echó los brazos al cuello y le dio un beso en cada mejilla.

—¿Qué es eso, Karin?

—Lo beso a la francesa. Gracias a usted. El Cronista de Abilene ha alcanzado hoy la tirada de mil quinientos ejemplares y ahora mismo estamos lanzando una edición extraordinaria.

—Estoy conforme con su agradecimiento, pero no con la forma de expresarlo. A mí me gusta más que me besen de otra forma. Así.

La enlazó por la cintura y la besó en la boca.

Un muchacho con cara traviesa emitió un silbido.

Cuando Karin salió a flote de aquel abrazo, dijo:

—Señor Latimer, está dando mal ejemplo a mis aprendices.

Jim se echó a reír y tomó un diario de un montón que había a la derecha.

—¿Sabe que me está haciendo un flaco favor, Karin? Todavía no he entregado el cuadro en Spring Rodeo. Sus noticias sobre que soy ahora el propietario de los sauces llorones se propagará por toda la región, y apuesto a que docenas de forajidos deciden salirme al paso para heredar el rancho de Mike Parrington.

La joven se mordió el labio inferior.

—Jim, lo siento. Es posible que tenga razón, pero ya sabe lo que es un periódico, nos debemos al público… Pero creo que usted ha exagerado el peligro. Ahora la ley está de su parte, quiero decir que el *sheriff* de Abilene le prestará ayuda para que pueda llegar a

Spring Rodeo.

—El *sheriff* de Abilene sólo me prestaría ayuda para ahorcarme.

—¿Quiere decir que va a ir solo?

—Con mi amigo Bob.

—¿Y nadie más?

—Bueno, también, vendrá May

O'Rourke.

La joven se puso seria.

—Pensé que May se quedaría, ¿o la ha invitado usted especialmente?

—Oh, no tenga en cuenta que a May le pertenece una tercera parte de lo que recibamos.

La joven levantó la barbilla.

—¿Sólo existe entre usted y May «eso»?

—¿Qué más puede existir?

—Uno de mis muchachos me dijo que, muy avanzada la noche, usted abandonó la habitación de May.

—Es cierto —contestó Jim, rascándose la oreja—. May y yo estuvimos hablando de la forma en que podríamos asegurar el cuadro hasta salir para Spring Rodeo.

—Imagino que dieron con el medio. Ella le propuso su falda e imagino que usted probó a ver qué tal le quedaba.

—No, Karin. Acordamos meterlo en la caja fuerte del banco. May, Bob y yo fuimos al banco y depositamos el cuadro allí. Saldremos de Abilene dentro de un par de horas, en el tren de las 11.45. Es por lo que vine aquí, para despedirme de usted.

—¿Qué harán cuando cobren?

—No sabemos cuánto tiempo estaremos en Spring Rodeo, porque, hasta ahora, nadie nos ha podido explicar si recibiremos el rancho o su importe en dinero. May es partidaria de que formemos sociedad en caso de que nos den el rancho.

—¿Usted y ella sociedad…?

—Bueno, y Bob también.

—Quizá les interesa a ustedes, ¿verdad? May debe ser una chica muy hacendosa.

—Hace algunas cosas muy bien. —Jim tosió—. Pero no sé qué tal resultará como ama de casa.

—Ya veo que ella se lo ha metido en el bolsillo.

—No, Karin. May es una chica simpática, pero entre ella y yo no puedo existir nada más.

—Eso lo dice usted ahora, pero ya me fijé en May O'Rourke. Es una de esas mujeres que vuelve loco a los hombres.

—Admito que tiene sus encantos y que sabe sacarles el mejor partido, pero yo estoy curado de espanto con respecto a las mujeres. Perdone, pero he de interrumpir la conversación para ir por May y Bob. Me están esperando para llegarnos al Banco y retirar el cuadro. Enseguida nos iremos a la estación. Hasta la vuelta. Ya nos veremos, Karin.

Jim se tocó el ala del sombrero y salió de la Redacción, Administración e imprenta de El Cronista de Abilene.

Karin dio una patadita en el suelo cuando Jim hubo desaparecido.

—Un buen mozo, ¿eh, señorita Barton? —dijo el aprendiz con cara granujienta.

—Para comérselo —contestó Karin como si contestase a la voz de su conciencia, pero en aquel momento se dio cuenta de que no era la voz de su conciencia la que había hablado. Atrapó al aprendiz por la oreja—. Johnny, hay cosas que un niño no debe oír…

—¿Y ver, señorita Barton?

Karin retorció la oreja al aprendiz y se marchó a su despacho, tercer compartimento del establo.

El doctor Honny Harpers se aplicó el pañuelo al ojo izquierdo, que le había empezado a lagrimear aquella mañana.

—Yo sé lo que tiene, doctor —dijo Nelson Ballane—. Eso de su ojo le pasa por los efectos de los sauces llorones.

El doctor dio un suspiro.

—Sí, Nelson, quizá tenga razón. Me pongo enfermo sólo de pensar que un par de truhanes y una jugadora se van a repartir cincuenta mil dólares sin comerlo ni beberlo.

—Supongo que lo de la comida y la bebida vendrá después.

—No estoy para chistes, Nelson.

—La vida es así, uno se encuentra en la calle una herradura, cree que le va a venir la suerte, la tira hacia atrás por encima del hombro, ¿y qué es lo que pasa?

—Que le abre la cabeza a la mujer del alcalde.

—Así es, doctor. En cambio, ahí tiene a Jim Latimer, Bob Cath y May O'Rourke, tres desaprensivos que han nacido con un trébol de cuatro hojas en el paladar.

El doctor se arrellanó en el sillón y apartó el pañuelo de su ojo malo.

—¿Cuál es su plan, Nelson?

—¿Eh?

—No se haga el tonto. Usted es un sinvergüenza de tomo y lomo.

—Doctor, ¿no sabe que hay cosas que no se pueden decir a la cara?

—Vine aquí para que nos franqueáramos, Nelson. ¿Qué mal hay en que tratemos de conseguir esos cincuenta mil dólares que no son de nadie? ¿Acaso May O'Rourke o Jim Latimer o Bob Cath heredaron a Mike Parrington? No, señor, no tienen ningún derecho a esos cincuenta mil dólares.

—Por su boca ha hablado Confucio.

—No empiece con monsergas orientales. Sé que es usted muy aficionado a ellas. Por mi boca no puede hablar Confucio por la sencilla razón que yo soy Honny Harpers.

—No se enfade, doctor, y déjeme pensar.

—No hay nada que pensar. Lo hacemos o no lo hacemos.

—Veamos si comprendo bien, doctor. Usted quiere decir que hemos de apoderarnos de ese cuadro, aunque para ello tengamos que meter bajo unas paletadas de tierra los cuerpos fríos de May, Jim y Bob.

—Me gusta su bola de cristal. Es muy exacta, Nelson.

—Pero no esperará que hagamos el trabajo por nuestra cuenta.

—No. Nelson. Usted y yo no somos tipos capaces de hacer tal cosa. Somos personas honradas, pero ¿se ha dado usted cuenta del terrible paro que asola la comarca? ¿Se ha percatado de la cantidad de gente que busca trabajo y que no puede llevarse un pedazo de pan a la boca?

—Es cierto, doctor, y nosotros somos gente con sentido del

deber cívico. Debemos dar ejemplo ofreciendo trabajo y pagando buenos sueldos. Es una misión sagrada que cada hombre consciente debe cumplir en esta hora crítica para la economía del condado.

El doctor se puso a aplaudir.

—Si alguna vez se presenta para senador, cuente con mi voto.

Nelson se echó a reír.

—Ya he pensado en ello, doctor, y quizá esos veinticinco mil dólares que me van a corresponder me sirvan como trampolín para mejores empresas.

—Pero quiero advertirle una cosa, Nelson. No me vuelva a soltar un discurso o el día menos pensado le arreo un jeringazo antitetánico que lo dejo coceando ante su auditorio.

Nelson soltó una carcajada.

—Me gusta su buen humor, doctor. Creo que usted y yo seremos un par de socios bien avenidos. ¿Está al corriente de lo que va a hacer Latimer?

—Claro que sí. Jim, May y Bob emprenden viaje en el tren de las 11.45 a Spring Rodeo.

—Es una pena que no podamos hacer el negocio en la ciudad.

—Eso es absolutamente imposible, porque Jim depositó el cuadro en la caja del Banco y desde allí lo llevarán a la estación. Imagínese, se va a organizar una verdadera manifestación para acompañarlos hasta el andén, lo cual quiere decir que no se les podrá robar el cuadro hasta que el convoy esté un poco lejos de Abilene. Así que hay que hacer el trabajo en el tren… ¿Ya ha pensado algo?

—Me van algunas cosillas por la cabeza, pero tengo que ponerlas en orden. Ayúdeme usted un poco a ver si entre los dos lo arreglamos.

—Sí, Nelson. Lo pensaremos entre los dos, ya que los cincuenta mil dólares irán a parar por mitad a nuestros bolsillos.

Los dos hombres se echaron a reír, pero el doctor interrumpió su risa porque su ojo enfermo le lagrimeó otra vez.

CAPÍTULO X

Una multitud de dos centenares de personas acompañaban a los héroes a la estación. Pero igualmente los habrían acompañado si los llevasen a ahorcar. La gente era así, necesitaba un acontecimiento para gritar, enfervorizarse, especialmente cuando el espectáculo era gratuito.

El *sheriff* Casbury y su ayudante eran dos de las personas más satisfechas por aquella manifestación cívica. Tenían un motivo: al fin iban a perder de vista a Jim Latimer y Bob Cath.

La reina de la fiesta era May O'Rourke, que se había comprado un equipo nuevo para aquel acto, sombrero, vestido, botines y hasta un quitasol de estilo japonés.

Los tres héroes viajaban en un tílburi que, su dueño, el cochero Hanson, había puesto gratuitamente a disposición de los viajeros.

May, entre Bob y Jim, levantaba sonriente en el aire el cuadro con una mano, mientras con la otra lo protegía con el quitasol, porque temía que la pintura se resecase demasiado.

Al pasar por frente al hotel Urraca, Olivia tiró besos a su pupila.

—¿Has visto eso, Jim? —dijo Bob—. Esa bruja también está de nuestra parte.

—No hay nada como el éxito. Ya lo dijo Napoleón en la batalla de Waterloo, cuando todo el mundo le dio la espalda: «Gana y te verás rodeado de amigos; pierde, y te caerán encima tomates podridos».

El botones Tobías corrió por la acera y trepó al tílburi.

—Eh, Jim, ¿te acordarás de aquella botella de *whisky*?

—Claro que si, Tobías; en cuanto nos hagamos cargo de la herencia, te mandaré un par de cajas.

—¿Has dicho un par de cajas? Dios mío, ya estoy mareado.

Puso los ojos en blanco y cayó del tílburi, lo cual produjo un

gran jolgorio entre la multitud.

La comitiva pasó por frente a la Redacción de El Cronista de Abilene. Allí había unos cuantos empleados, pero Jim no vio a la persona que más le interesaba, la atractiva Karin Barton.

A la puerta del Club Ganadero se encontraban los grandes prohombres, el alcalde John Clarence, el fiscal, el doctor Harpers, y Nelson Ballane, el dueño de la fábrica de licor.

Todos sonreían satisfechos.

El único ojo bueno del doctor se fijó en el cuadro que May exhibía triunfalmente.

Pegó con el codo a Ballane, el cual le contestó con un ligero parpadeo.

Los niños del colegio de la señorita Smith habían sido provistos de banderitas de los Estados Unidos, que agitaron en el aire mientras entonaban el canto navideño Aleluya, Aleluya.

Al fin, el tílburi llegó al andén de la estación.

Allí se encontraba la banda de música que, a una señal de su director, se puso a interpretar Ya hay golondrinas en el tejado, inspirada composición musical, de gran valor poético, compuesta por Hugo Brandy la noche antes de que lo ahorcasen.

También había una nutrida representación de las Damas Especialistas en la Cesta Pobre.

Jim, May y Bob bajaron del tílburi y se encaminaron al segundo vagón, por cuyas ventanillas asomaban la cabeza muchos viajeros, entre los que se hacían apuestas sobre si el homenajeado era el presidente de la nación o Buffalo Bill.

El *sheriff* relinchaba de felicidad.

—¡Un hurra por Jim Latimer! ¡Para que llegue muy lejos, al fin del mundo! ¡Hip, hip, hip!

—¡Hurraaaa!

El jefe de la estación dio la señal de la salida del convoy con su golpecito de campana, que difícilmente se podía oír, pero el maquinista lo vio y puso en marcha el tren.

Los vagones se deslizaban por rieles.

La banda de música atacó con más furia Ya hay golondrinas en el tejado.

El *sheriff*, congestionado, corrió detrás del vagón porque no quería dar crédito a que por fin se iba a desembarazar de Jim

Latimer y Bob Cath.

Pisó una cáscara de plátano y empezó a volar siguiendo un camino paralelo al tren.

—¡Cuidado con el poste que tiene delante, *sheriff*! —dijo Jim.

El *sheriff* no tuvo cuidado.

Arremetió contra el poste y lo hizo con la cabeza.

Sonó un terrible impacto y Casbury se desplomó pegando coletazos.

El ayudante Zame se agachó sobre su jefe.

—¿Qué ha sido eso, patrón?

El *sheriff*, medio desvanecido, apretó los dientes.

—¡Seguro que fueron ellos! ¡Ellos me pusieron la cáscara de plátano para vengarse!

Y se desmayó.

—¿Qué hacemos con el cuadro? —preguntó May cuando ya el convoy había dejado atrás la ciudad de Abilene.

La joven lo había envuelto en el papel y le había puesto una cuerda.

—Dámelo. May —dijo Jim—. Lo llevaré al furgón correo. Conozco al jefe, es Hans Mayer. Me debe un par de favores.

—Está bien, Jim, pero ten cuidado en el camino.

—Bob vendrá conmigo.

Los dos amigos echaron a andar por el corredor.

Jim se detuvo en la plataforma al ver, a través de los cristales, en el vagón siguiente, a una persona que conocía, a Karin Barton.

—Caramba, el mundo es un pañuelo. Bob.

El grandullón había descubierto también a Karin.

—Trae ese cuadro, Jim, ya te veo las intenciones de pegar la hebra con ella.

—Eh, no seas tan impulsivo, Bob.

—¿Es que crees que no puedo llegar sólo al vagón correo sin que nadie me lo quite?

—Iremos los dos, Bob. No quiero correr ningún riesgo.

Entraron en el vagón y Jim se detuvo ante Karin Barton.

—Hola, Karin.

—¿Qué tal, señor Latimer?

—¿Puedo saber el motivo de su viaje?

—Información.

—¿Quiere decir que se dirige a Spring Rodeo para estar presente en el momento de la entrega del cuadro?

—Puro periodismo. Ya ve la conmoción que se produjo en Abilene. El público quiere estar enterado de todos los pormenores que se refieren a este asunto. Hasta ahora sólo se representaron dos actos y queda el tercero.

—Me parece muy bien, Karin. Resulta estupendo que usted quiera servir al público noticias frescas.

Bob tironeó de la manga a su amigo.

—Eh, Jim, ¿vamos ya a entregar el cuadro?

—Sí, ahora mismo. Hasta luego. Karin.

Salieron del vagón y en la plataforma fueron detenidos por dos hombres. Cada uno estaba a un lado con el revólver en la mano y habían elegido bien el sitio, de forma que no podían ser vistos desde el interior. Por ello Jim y Bob fueron sorprendidos.

El tipo de la derecha era de facciones angulosas y el otro rechoncho, mofletudo.

—Hola, chicos, tardabais demasiado —dijo el gordito.

Latimer tenía el cuadro a la espalda.

—Deben estar confundidos, amigos. No les conocemos.

—Eso es —cabeceó Bob—, pero no se preocupen. Sigan esperando aquí con el revólver y ya verán cómo, de un momento a otro, llegan las personas que esperan.

—Ya llegaron —dijo el fulano del rostro anguloso—. Son ustedes.

—Eh, Mark —habló el gordito—. Latimer tiene el cuadro detrás.

—Ya lo sé, Nick, y vamos a terminar el negocio enseguida.

Bob levantó los puños.

—Eh, compañeros, no pueden robar en un tren. Eso está muy castigado por la ley.

—A callar, elefante —dijo el gordito.

—No consiento que nadie me llame elefante —repuso Bob con agresividad.

El gordito Nick se echó a reír.

—Eres un tío simpático, elefante, y por eso vas a hacer un número de circo en nuestro obsequio. Estoy seguro de que será la mar de gracioso.

—¿A qué número se refiere, Grasas?

—Te lo voy a explicar, paquidermo. Vas a abrir la puerta de la plataforma. Harás un saludo al público, que somos nosotros, y te arrojarás de cabeza.

—¿Habla de saltar fuera?

—Bravo por el elefante, ¿lo oyes, Mark? Resulta que tiene seso.

Jim Latimer sonrió con benevolencia.

—Ustedes no están hablando en serio.

—Hombre. Mark —dijo el gordito Nick—, ya tenemos al tipo vivo, a ese muchacho de quien tanto nos han hablado. Sí, Latimer, nos dijeron que usted era un muchacho aventajado en trucos de la más variada clase.

—No estoy mal de repertorio.

—Lo celebramos mucho. Mark y yo esperamos que nos deleite con uno de sus exquisitos números.

—Seguro, muchachos; ya que son tan entusiastas admiradores míos, les propongo el mejor.

—¿En qué consiste?

—Ustedes se van al otro extremo del vagón y mi amigo y yo nos quedamos aquí. A una señal, yo aparezco junto a ustedes en una fracción de segundo.

—Muy malo, señor Latimer. Cree que hoy su público está integrado por estúpidos. En vista de eso, yo le diré lo que va a hacer. Nos dará el cuadro que tiene a la espalda y luego hará lo mismo que su amigo, se arrojará de cabeza fuera del vagón.

El tren corría a una buena velocidad.

—Bob y yo quedaríamos un poco deteriorados y eso no estaría nada bien.

—Ya hablamos demasiado. Deme el cuadro y no intente nada.

Latimer sacó el cuadro y le echó una mirada.

Bob gimió.

—Con el trabajo que nos ha costado conseguirlo… Eh, muchachos, ¿por qué no vienen con nosotros a Spring Rodeo? Es mejor formar una pandilla que andar a la gresca.

—Tú y tu amigo no andaréis a la gresca con nadie. Y ya se acabó la charla. Deme el cuadro, rápido. Latimer.

Jim le alargó el paisaje que valía cincuenta mil dólares, cuando vio que Nick curvaba peligrosamente el dedo en el gatillo.

Pero el gordito cometió un error: miró el cuadro.

Latimer pidió al cielo que Bob se encargase de Mark Angulosidades. De lo contrario, no lo contarían.

Saltó sobre el gordito, a quien atrapó por la muñeca armada.

Los dos se estrellaron contra la pared.

Bob había saltado sobre Mark porque conocía bien a su amigo y estaba atento a sus movimientos.

El puño del gigantón atrapó la quijada de Angulosidades. Para éste fue como si hubiese estallado un obús en su cara.

Saltó por el aire, rompiendo la vidriera de la puerta y fue tragado por el vacio.

Lo de Jim Latimer era más laborioso. El gordito se defendía bien y le pegó un rodillazo en el estómago, pero Jim contaba con las dos manos para pelear, y el gordito tenía en una el revólver y en la otra el cuadro.

Era una ventaja demasiado considerable para Jim.

Pegó con el filo de la mano en la nariz de Nick. Sonó un chasquido a hueso roto y el gordito se puso a dar gritos y lo dejó caer todo, el revólver y el cuadro.

—¡No me maten! ¡Necesito un doctor!

—Anda, dinos quién te pagó.

—Una sombra.

—Pues vas a ir a hacerle compañía a la sombra.

—No sé nada. Quiero un doctor.

Jim Latimer lo atrapó por el cuello.

—Anda, muchacho, dinos quién es tu patrón.

—No hay ningún patrón. Mark y yo hacíamos el negocio por nuestra cuenta, sin intermediarios.

El tren disminuyó la marcha porque estaban llegando a una curva.

—Gordito, ya llegaste a tu destino. Aprovecha que va a aminorar la marcha el tren y salta fuera.

—No está hablando en serio.

—Claro que estoy hablando en serio. Vosotros nos ibais a obligar a tirarnos cuando nos habríamos hecho papilla. Tú tienes la ventaja de que saldrás con rasguños.

—Pero esto es un descampado. Tendré que andar muchas millas hasta llegar a un hospital.

—Eso será bueno para ti. Te ayudará a reflexionar sobre lo estupendo que resulta ser un buen chico.

—No quiero bajar. Pagué mi billete, y soy un viajero con derecho a llegar al destino que eligió.

—Escucha esto, Nick, estás desaprovechando una oportunidad: cuando pasemos la curva, el tren volverá a tomar velocidad y te obligaré a saltar de todas formas. Qué pena que no lo hagas ahora, ¿verdad?

El gordito miró fuera y bailoteó nervioso. El tren estaba tomando la curva a una velocidad que podía permitirle saltar sin grave peligro.

Se decidió, abrió la portezuela y saltó a tierra.

Tropezó con una piedra y dio una voltereta, pero enseguida se puso en pie lleno de polvo, soltando maldiciones.

Jim Latimer y Bob Cath se echaron a reír.

—Bueno, asunto cancelado —dijo Bob palmeándose las manos.

—Sólo fue el comienzo.

—¿Quieres decir que habrá otros como Nick y Mark?

—Seguro, Bob. Tendremos que estar con los ojos bien abiertos hasta que lleguemos a Spring Rodeo.

—Bueno, menos mal que sólo serán catorce horas de viaje.

—Sí, Bob, pero apuesto a que son catorce horas de pesadilla. Anda, vamos a depositar el cuadro en el furgón correo.

No encontraron ya obstáculos y pudieron llegar al furgón.

Hans Mayer, el jefe de correos, saludó muy complacido a Jim.

—Ya me he enterado de todo, Latimer, y os vi llegar convertidos en unos héroes a la estación de Abilene. También leí en el diario la historia.

—Aquí tienes el cuadro. Hans.

—Nunca se habrá pagado tanto por un cuadro —sonrió Hans, que andaba por los cincuenta años.

—¿Puedes guardarlo hasta que lleguemos a Spring Rodeo?

—Claro que sí, muchacho. Lo voy a depositar junto con la paga de la Mina Consolidada. Llevo cerca de cinco mil dólares.

—No debieras decirlo, Hans. Bob y yo podríamos resultar un par de salteadores.

—¿Vosotros salteadores? No me hagas reír. Sé que sois la pareja de trapisondistas más grande desde el Mississippi hasta la costa del

Pacífico, pero no resultáis malos chicos.

—Está bien, Hans. Te quedas con el cuadro.

Mayer guardó el paisaje de los sauces en la caja de depósito donde viajaban los cinco mil dólares de la Mina Consolidada.

A continuación Jim y Bob se despidieron de Hans para regresar junto a May O'Rourke, pero al pasar por el lado de Karin Barton, Jim dijo:

—Ve tú delante, Bob; enseguida me reuniré con vosotros.

Bob prosiguió su camino y Jim ocupó el asiento vacío que había al lado de Karin.

—Le traigo información, señorita directora.

—¿Qué ocurrió, Jim?

—Dos hombres intentaron quitarnos el cuadro, en la plataforma. Naturalmente, querían prescindir de Bob y de mi arrojándonos fuera del tren.

—¡Cielos! ¿Cómo terminó la cosa?

—Nos ha visto a Bob y a mí sin un rasguño. Fueron los dos ladrones quienes saltaron.

—Yo soy la culpable de todo —dijo la joven, y se mordió el labio inferior—. Usted tenía razón. Al publicar en mi periódico la historia del cuadro, sólo he hecho que lanzar sobre ustedes a los peores forajidos de esta parte del país.

—Eh, no se recrimine. Usted se limitaba a cumplir con su deber profesional.

—Me gusta que me diga eso, pero creo que no es bastante para acallar mi conciencia.

—Quizá tenga razón y el procedimiento para acallar su conciencia sea otro, Karin.

—¿Cuál?

—Éste por ejemplo. —Jim se echó sobre ella y la besó en la boca.

La joven entornó los ojos y se dejó besar.

—Estoy haciendo la tonta —dijo después.

—¿Por qué?

—Mi abuelo, el fundador de El Cronista de Abilene, me advirtió contra los hombres altos, de ojos azules.

—Pero yo tengo los ojos negros.

—De eso se ocupó mi abuela. Ella me dijo que cuando me encontrase con un hombre de esas características echase a correr.

—Es lo que está haciendo, Karin, está corriendo porque no permanece en ningún momento en el mismo sitio.

—Es verdad y, por tanto, no debo preocuparme. El tren se mueve muy aprisa.

Jim la besó otra vez en los labios.

De pronto oyeron un galope a su espalda. Bob llegaba con la boca abierta. Y los ojos desorbitados.

—Jim —tartamudeó—. La catástrofe.

—Serénate, Bob. ¿Qué pasa?

—¡Secuestraron a May!

—Eh, un poco más despacio. ¿Cómo la van a secuestrar si estamos en el tren?

—Un tipo me entretuvo en la plataforma y me dio a fumar un cigarrillo. Seguro que debe ser un cómplice de ellos. Me estuvo dando cuerda y yo, tonto de mí, le conté todo lo que él quiso saber acerca de nuestra aventura del cuadro. Luego se despidió muy amable. Fui al asiento y ¿qué crees que encontré?

—Que May ya no estaba allí.

—Sí, Jim, pero en su lugar había un sobre pisado con el quitasol. Era una carta.

—Anda, dámela. Siempre me ha gustado leer las cartas.

—Justamente va destinada a ti, pero yo la leí antes porque estaba abierta.

Bob sacó la carta del bolsillo y se la entregó a Jim.

El papel que contenía el sobre decía así:

> «Señor Latimer: Tenemos a May. Es una bonita chica, ¿no le parece? Por añadidura, es su socio en este negocio… ¿Ha probado a pensar en lo feísima que quedaría May sin la cabeza? Haga un esfuerzo, señor Latimer, y verá que la imagen es desconsoladora. Pobre May, con la cara tan simpática y tan vivaracha que tiene… Pero usted puede evitar la decapitación de May O'Rourke.
>
> Es la mar de sencillo. Sólo tiene que entregarnos el cuadrito que usted tiene, el de la vista del lago con los

sauces llorones… No podemos esperar mucho para que se decida, señor Latimer. Sólo media hora. Y no trate de hacer diabluras o May tampoco lo contará. Cuando nos traiga el cuadro, acérquese sin revólver. Ah, y venga solo. Lo esperamos en el vagón donde viajan seis hermosos ejemplares de raza bovina, el marcado con un triángulo y tres barras. Ya han empezado a correr los treinta minutos y en este momento son las doce treinta. Hasta muy pronto, señor Latimer».

Había una posdata, escrita con distinta letra:

«Por lo que más quieras, Jim, no dejes que me corten la cabeza. La necesito».

Y a continuación la firma de May
O'Rourke.

Jim consultó su reloj.

Faltaban diez minutos para la una.

—Bueno —dijo Jim exhalando el aire que contenían sus pulmones—, voy a conocer a la persona que ha escrito una carta tan detallada. Debe ser un tipo muy interesante.

—Iré contigo —dijo Bob.

—De ninguna manera, ya leíste la carta. Si me acompañases no adelantaríamos nada. Quédate haciendo compañía a Karin. Te contaré la historia luego.

—¿Me contarás la historia? ¡Qué iluso! Apuesto a que, si decides dejar en su sitio la cabeza de May, es porque pensarán cortar la tuya.

Jim se encogió de hombros.

Karin estaba muy pálida.

—Jim, prométame que tendrá cuidado.

Jim le guiñó un ojo.

—Descuide, Karin. Aprecio mucho mi piel.

Jim fue al furgón correo.

—Hans, dame ese cuadro.

—Eh, todavía faltan muchas horas para llegar.

—Verás, Hans, un aficionado a la pintura de categoría me pidió que se la mostrase.

Mayer entornó los ojos.
—¿No correrás un riesgo?
—Oh, no tiene ninguna importancia. Es un abuelo reumático.
—Está bien, te daré el cuadro.
Cuando Jim lo tuvo, hizo un saludo y se marchó.
Tenía una idea: ir a aquel vagón donde viajaban los seis ejemplares de raza bovina por el camino del techo.
Se metió el cuadro por entre la camisa, junto al costado, y subió por una escalerilla de hierro.
Fue saltando de vagón en vagón.
Tras el último, destinado a los viajeros, se deslizaban hasta media docena en los que viajaban reses y otras mercancías.
Al llegar al segundo, oyó una voz a su espalda:
—Alto, amigo. Si mueve un dedo te despanzurro.
Jim volvió la cabeza y vio a un tipo que, por detrás de él, lo estaba apuntando con un revólver. Era un muchacho muy moreno, de piel aceitunada, cuyos ojos relampagueaban como los de un homicida.
—Atrapa el revólver con dos dedos y tíralo a un lado, pero no lo dejes caer sobre el vagón. Quiero ver cómo vuela hacia la tierra.
Jim se dijo que no podía hacer nada en aquel momento. Tomó el revólver y lo arrojó lejos del tren, que seguía corriendo a gran velocidad.
—Así me gusta —dijo Ojos de Homicida—. Ahora baja por la escalerilla.
Jim descendió por la escalerilla mientras era vigilado desde lo alto por el tipo del revólver. Abajo se encontró con otro hombre, un rubio que lo apuntaba con un Colt.
—Bien venido, señor Latimer. Ande, entre, le estábamos esperando.
Jim oyó el mugido de una res.
Entró en el vagón establo.
Allí había otro tipo apoyado en una de las rejas tras la que se encontraban las reses. Era un hombre de cabello negro, lacio, aceitoso, nariz chata y boca cuyos labios parecían dos morcillas.
—Si le han hecho algo a May lo van a pagar —dijo Latimer.
Labios de Morcilla se echó a reír.
—Eres tan fanfarrón como me han dicho, Latimer. Estás aquí sin

revólver, en nuestras manos, y te permites todavía amenazar.

Jim fue golpeado por detrás con la culata de un revólver.

Cayó de rodillas en la paja, pero no llegó a perder el conocimiento.

—¿Dónde está May? —preguntó frotándose la cara.

Oyó una risa femenina y, entre una espesa nube, fue apareciendo ante sus ojos la imagen de May O'Rourke.

Tenía los brazos en jarras y le sonreía.

—¿Te encuentras bien, querido?

—Sí, May. Ya estoy mejor.

—Entonces, entérate de una vez. Yo soy el jefe de este complot. Y es a mí a quien vas a entregar el cuadro. ¿Cómo pudiste creer que yo me iba a conformar con una tercera parte, tontín?

CAPÍTULO XI

Jim Latimer se puso en pie tambaleándose bajo los efectos todavía del culatazo que le habían propinado en la nuca.

May O’Rourke sonreía victoriosamente frente a él.

—¿Sorprendido, Jim?

—La verdad es que sí. Mentiría si lo negase. Confieso que he sido un poco ingenuo contigo. Eres una chica muy explosiva, May.

—¿Qué entiendes por explosiva, Jim?

—Una mujer versátil, que lo mismo deposita su amor en un hombre que en otro, que acepta un pacto y luego lo rompe para formar una nueva sociedad con el enemigo. Una mujer que carece de sentimientos y que sólo quiere una cosa: alcanzar lo mejor que la vida le puede ofrecer.

—¿Has oído eso, Jake? Por si no me conocías, Jim Latimer te acaba de dar una descripción de cómo es May O’Rourke. Perdona, Jim, que no te haya presentado. Éste es Jake Flanagan, que fue muy amigo de uno de mis esposos, creo que el segundo. Flanagan me enviudó de él pegándole un tiro en el espinazo.

—Y lo hice desinteresadamente —sonrió Jake—. ¿Verdad, May?

—Sí, es cierto.

—Maldita sea, me dijeron que el luto te sentaba muy bien, pero, como yo tuve que huir, no te vi.

—Querido Jake, no tienes que preocuparte por eso, cuando cobremos los cincuenta mil dólares me compraré un vestido negro para que puedas disfrutarlo.

—Espero que incluyas el relleno.

Jim carraspeó.

—Si ya han dejado de decirse lindezas, quisiera que me

explicases una cosa, May. ¿Cuándo te pusiste de acuerdo con Jake y sus amigos para dejarnos a Bob y a mí sin nuestra parte en el tesoro?

—Ocurrió durante la madrugada, después que saliste de la habitación. Jake me dio la sorpresa entrando por la ventana.

—De modo que, si él adelanta un poco la visita, nos sorprende. Fue una suerte para él. Qué mal rato habría pasado el pobre.

Jake entornó los ojos.

—Esas palabras te van a costar una bala extra en el ombligo, Latimer.

—May —dijo Jim—, soy un tipo que sabe perder.

—¿De veras?

—Quieres el cuadro, ¿verdad?

—Qué listo.

—Te lo daré y acabará aquí la historia.

—¿Quieres decir que te conformas con perder tu parte y la de Bob?

—Peor sería no conformarse, porque resultaría emplomado.

—Eres un muchacho muy juicioso.

Jake Flanagan intervino:

—No va a haber perdón, Latimer. He decidido matarte y lo haré a pesar de tu buena disposición. Conozco a los tipos de tu clase, nunca se dan por vencidos. Si nos dieses el cuadro y te dejásemos marchar, buscarías la revancha y eso es algo que yo no puedo consentir.

Jim miró a los hermosos ojos de la rubita.

—¿Piensas lo mismo que Jake?

La joven bostezó. Lo hizo muy graciosamente, poniéndose una zarpita delante de la boca.

—Jim, eres un muchacho divertido, contigo lo he pasado muy bien; pero Jake tiene razón. Debo asegurarme de que no tratarás de recuperar el mango de la sartén. Y no bastan tus palabras. El infierno está pavimentado con buenas intenciones. No, Jim, lo siento, pero debes estar de acuerdo en que no podemos hacer otra cosa. Has de morir.

—May, me has convencido.

—¿De veras, querido?

—Sí, May. Debo morir. No tengo escapatoria.

May aplaudió con fingido entusiasmo.

—Jake, ¿ves como yo tenía razón? Jim Latimer es un chico consciente del mundo que lo rodea.

Jim se llevó la mano al interior de la camisa.

—Quieto, Latimer —ordenó Jake.

—Sólo iba a sacar el cuadro porque, si me lo dejo puesto, lo podríais estropear con vuestras balas.

—Eres muy amable. Anda, sácalo ya.

Jim había pensado arrojar el cuadro sobre Jake y saltar él después.

Era un truco malo, especialmente en aquellas circunstancias en que había dos tipos detrás con el revólver listo para hacer fuego. Pero no podía elegir. Una vez entregase el cuadro, le harían un cosido de plomo y nadie se enteraría. Aquel vagón estaba lejos de los viajeros y con el traqueteo del tren, los estampidos quedarían amortiguados.

Empezó a sacar el cuadro de la camisa y de pronto el tren dio un frenazo brusco. Todos salieron despedidos, Latimer, Jake, sus dos compinches y la propia May
O'Rourke,
que voló como una pluma.

Latimer demostró ser más rápido que ninguno.

Uno de los fulanos, el rubio, había perdido el revólver.

Jim lo atrapó.

Jake había caído de lado y quiso freírlo a balazos.

Jim le tomó ventaja y le metió un plomo por el ojo izquierdo.

De pronto se oyó una voz fuera:

—¡Esto es un asalto! ¡Conserven la serenidad! ¡Media docena de hombres están entrando en los vagones! ¡Sólo queremos el cuadro de Jim Latimer!

Jim conservaba el cuadro en el interior de su camisa, pero le asomaba un poco y lo empujó al interior, hasta tenerlo de nuevo junto a su costado.

Con el frenazo brusco, la puerta de uno de los lados se había abierto.

El rubio estaba desarmado y el otro compinche de May había recibido un golpe en la cabeza que lo privó del conocimiento.

May

O'Rourke también se había lastimado y lloriqueaba medio inconsciente.

Jim gateó hacia el hueco y saltó del vagón.

No vio a nadie por aquella parte.

Algunas viajeras chillaban en los vagones.

Jim vio un arbusto junto a la vía y rodó hacia allí buscando refugio.

May O'Rourke chilló en el vagón que Jim acababa de abandonar.

—¡Eh! ¿Dónde está Jim? ¡Se fue con el cuadro! ¡Ese bandido nos dejó solos!

De pronto se oyó una voz ronca.

—Eh, rubia, ¿qué pasa aquí?

Otro hombre habló.

—Ralph, ¿sabes quién es la muñeca? May O'Rourke, la chica que, con Latimer y Bob Cath, iba a participar en el reparto de los cincuenta mil dólares.

—May, habla pronto —dijo Voz Ronca—. ¿Dónde está Latimer?

—Se largó.

—¿Y el cuadro?

—Él se lo llevó.

—Gracias, rubia —dijo Voz Ronca.

Se oyó enseguida un estampido y luego May O'Rourke dio un grito, el de una moribunda.

Jim sintió que se le revolvía el estómago. May O'Rourke no era trigo limpio, pero aquel hombre. Voz Ronca, la había asesinado a sangre fría.

—Matadlos a ellos también —dijo Voz Ronca.

Se oyeron más estampidos entre gritos de protesta y muerte.

El rubio y el otro compinche de May habían pasado a mejor vida.

Jim se dijo que Voz Ronca era el hombre más cruel que había conocido y deseó meterle una bala entre los ojos. Pero, de momento, estaba en inferioridad de condiciones y debía quedarse

entre los arbustos, a la espera.

Dos hombres se dejaron ver en el hueco.

Jim los baleó sin conmiseración, con la esperanza de que alguno de los dos fuese Voz Ronca.

Los fulanos se derrumbaron en el polvo desde lo alto y enseguida Jim oyó a Voz Ronca.

—Muchachos, está a la otra parte. Tened cuidado y tirad a matar.

Las viajeras seguían gritando y desmayándose.

Jim rodó otra vez cambiando de sitio.

Ahora buscó la protección de unas piedras, amontonadas allí por los obreros que construyeron el ferrocarril.

Una bala aulló golpeando contra una de las rocas, muy cerca de su cabeza.

El tiro le había llegado desde las alturas.

Vio a un tipo en el techo de un vagón. Utilizaba un rifle y en este momento estaba tomando puntería para hacer un segundo disparo.

Jim apretó el gatillo dos veces y el individuo que estaba en el techo del ferrocarril soltó un aullido, puso los brazos en cruz y cayó como un fardo.

Se hizo un silencio. Ahora ya nadie gritaba porque el miedo había hecho presa en los viajeros.

Jim pensó que Voz Ronca tomaría más precauciones al darse cuenta que se las tenía que ver con un enemigo difícil de abatir.

Continuó su camino hacia la cabecera del tren.

Comprendió el frenazo brusco del convoy. Habían puesto una roca en la misma vía, y era milagroso que no se hubiese producido una catástrofe. El maquinista había logrado detener la máquina a un palmo del peñasco.

Hans Mayer, el jefe del furgón correo, y el maquinista estaban haciendo palanca con una barra de hierro para apartar el obstáculo. Hacían aquello a pesar del peligro que significaba para ellos ser sorprendidos por uno de los salteadores. De vez en cuando tenían que interrumpir el trabajo para mirar a su espalda.

Jim dejó oír su voz:

—Hans, estoy aquí.

—Hola, Latimer, esto se puso feo.

—Continúen su trabajo, yo les cubriré.

—Corriente, Jim —contestó Hans.

Redoblaron sus esfuerzos confiando en Latimer.

En aquel momento se oyó una orden conminatoria a la otra parte de la máquina:

—Estúpidos, ¿qué hacen? Los voy a liquidar.

Jim vio por entre los rieles las piernas de un hombre.

Jim disparó contra la pierna izquierda.

El tipo dio un grito y cayó en el suelo. Hizo fuego habilidosamente por entre los rieles contra Jim y éste sintió el silbido de la bala en su sien.

Disparó otra vez y el tipo se revolcó en la tierra, porque había recibido un impacto en el centro del pecho.

Hans y el maquinista lograron apartar la roca de la vía.

—Listo, muchachos —dijo Hans—. Ya podemos irnos.

Jim apretó los dientes rabiosos. El tren iba a partir, pero él no había ajustado las cuentas con Voz Ronca.

—Sube, Jim. Nos vamos —apremió Hans.

—No te preocupes por mí. Subiré en el momento preciso. Arreen con toda la fuerza que puedan.

La máquina se puso en movimiento sin hacer sonar previamente el silbato.

Lo hizo de manera tan brusca como había parado, y se oyeron gritos de los viajeros que caían.

Jim dejó pasar los vagones de viajeros y algunos de mercancía y por fin subió por el hueco del vagón en que había dejado a May O'Rourke.

Vio a la rubia. No había ninguna persona viva en el interior.

Sólo seis vacas y cuatro cadáveres.

De pronto oyó a Voz Ronca fuera.

—Estúpidos, ¿por qué no os quedasteis alguno dentro? Nos han dado el mico. Pero ¿qué pandilla de retrasados mentales contraté para este trabajo?

Jim asomó la cabeza por la puerta porque quería ver la cara de Voz Ronca.

Le vio muy lejos, y además. Voz Ronca cubría su cara con un pañuelo de hierbas.

Sacó el revólver para hacer un disparo, pero en ese momento el

tren estaba tomando una curva y lo perdió enseguida de vista.

Regresó al lado de May. Había recibido la bala en el pecho y tenía los ojos abiertos.

Jim se los cerró piadosamente, mientras decía:

—Fuiste una chica demasiado explosiva, May.

Nelson Bailarte y el doctor Harpers viajaban en el último vagón, entre doscientos cajones que contenían cuernos de res con destino a la fábrica de fichas de dominó marca El Seis Doble, de Spring Rodeo.

Al doctor Harpers le lagrimeaban los dos ojos.

—Todo salió mal, Nelson.

—Sí, ese muchacho es duro de pelar.

—Fuiste un tonto al no matarlo desde aquí, cuando saltó del vagón para refugiarse en los arbustos. Si yo hubiese tenido tu puntería, lo habría cazado como a un conejo.

—Fue cuestión de unos segundos y no me decidí porque pensé que nuestros hombres eran suficientes para iniciar y terminar el trabajo.

—Sólo puedo decir una cosa: que hemos perdido la más hermosa oportunidad.

—Tendremos otra. El cuadro todavía no ha sido entregado al juez Travers.

—Dijiste que Hubert Charpy era un buen pistolero.

—Y lo es. Pero, ya lo has visto, no ha tenido ocasión de enfrentarse con Latimer. Pero no tienes que preocuparte. Hubert nunca se da por vencido, especialmente cuando, como en este caso, Jim Latimer, le ha tumbado unos cuantos hombres.

—¿Quieres decir que se pondrá en camino hacia Spring Rodeo?

—Seguro. Echará por el atajo del Buitre y nos sacará quince o veinte minutos de ventaja aunque tenga que reventar los caballos. Ya me imagino a Hubert Charpy. En este momento debe estar echando espuma por la boca. —Nelson Ballane sonrió—. Sí, doctor, tienes razón. Ese Jim es un tipo de cuidado, pero puede estar seguro de que nunca tendrá los cincuenta mil dólares.

CAPÍTULO XII

El *sheriff* de Spring Rodeo, Raymond Barr, estrechó la mano de Jim Latimer.

—Recibí un telegrama de mi colega de Abilene. Casbury, anunciándome su llegada.

—Seguro que me puso por las nubes.

—Lo tengo aquí y se lo puedo leer, Latimer.

El *sheriff* de Spring Rodeo sacó el telegrama, que leyó en voz alta:

> «En ese tren van cuernos de dominó y una ficha ya fabricada. Toque madera y suerte. Jim Latimer lleva el cuadro de Parrington. Saludos. Casbury».

—El *sheriff* Casbury y yo somos uña y carne —sonrió Jim—. Le agradezco la bien venida, *sheriff* Barr. Mi amigo y yo no queremos perder el tiempo y tenemos intención de ir directamente desde aquí al despacho del juez Travers para liquidar nuestro negocio.

—Lo siento, pero tendrán que aplazar la visita.

—¿Por qué?

—El juez Travers no está en la ciudad.

—¿Tuvo que ir a algún sitio?

—No.

—Explíquese, *sheriff*.

—Cuando recibí el telegrama fui a casa del juez Travers, pero no encontré allí a nadie, ni a su doncella ni a él. Ordené a mi ayudante Philip que buscase a Travers, y yo también me dediqué al mismo trabajo, pero no lo hemos encontrado en todo Spring Rodeo.

—¿No le parece un poco raro, *sheriff*?

—No, claro que no, ¿por qué había de ser raro? Al juez le gusta dar paseos fuera de la ciudad. Es un amante de la naturaleza. A

veces se pasa hasta dos y tres días por esos montes.

—Está bien, *sheriff*, esperaremos un poco.

—Le propongo una cosa. Deme el cuadro y yo lo guardaré en mi oficina.

Bob Cath saltó.

—Ni lo piense, autoridad.

—¿Es que no se fía de mí?

Jim se pasó un dedo por debajo de la nariz.

—Oiga, autoridad, no nos fiamos ni nos dejamos de fiar; de modo que no lo tome como insulto, pero estaremos más tranquilos si conservamos el cuadro con nosotros.

—El jefe del tren me ha contado lo que pasó durante el viaje y no quisiera que ese cuadro ocasionase más víctimas, ahora que se encuentran en mi ciudad.

—No se preocupe, *sheriff*, no tenemos intención de hacer daño a nadie. Sólo venimos a cobrar los cincuenta mil dólares y con ello habrá acabado la historia. ¿Qué hotel nos aconseja?

—El Flower. Está en la calle principal, a unas cincuenta yardas de mi oficina.

—Prefiere tenernos cerca, ¿eh, *sheriff*?

—Seguro. De esa forma, si pasan algún apuro, podré echarles una mano.

—Muy amable, *sheriff*. Iremos al Flower.

Jim se apartó del *sheriff* tocándose el ala del sombrero y se reunió con Karin que lo esperaba en otro sitio del andén.

—Bob y yo nos vamos a alojar en el Flower, de modo que es conveniente que tú elijas otro hotel.

—¿Por qué? ¿Tenéis la escarlatina?

—Peor que eso, Karin, Bob y yo tendremos que conservar el cuadro durante algún tiempo. El juez ha desaparecido.

—Es otra trampa.

—Cabe que lo sea. Por eso has de mantenerte lejos de nosotros.

—Recuerda por lo que vine aquí, Jim. Soy una periodista y he de dar la información exacta. Si pasa, algo en el Flower, debo estar allí para presenciarlo. Sólo así podré hacer un relato objetivo.

—Eres una muchacha terca —repuso Jim—, pero estoy de acuerdo.

Jim y Bob ocupaban la habitación número 7 del hotel Flower y Karin la número 8.

Jim estaba tendido en la cama mientras el grandullón paseaba de un lado a otro nervioso.

—¿Qué podemos hacer para encontrar al juez Travers?

—Nada.

—¿Y si lo han secuestrado para impedir que nos largue la herencia?

—En ese caso lo sabremos muy pronto.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Ya están aquí! —gritó Bob, saltando hacia un rincón.

Jim atrapó el revólver de la mesita de noche.

—¿Quién es?

—Yo, Jim —contestó Karin.

—La tienen prisionera —graznó Bob—. Si abrimos la puerta, entrarán detrás de la muchacha.

Jim se deslizó de la cama, junto a la pared, y le dio vuelta a la llave.

Karin entró en la habitación y se llevó un gran susto al ver las dos pistolas que la amenazaban.

—Eh, ¿qué os pasa?

Jim se asomó al corredor y vio que no había nadie. Después de cerrar, dijo:

—Disculpa, Karin, pero Bob está muy nervioso.

—¿Sabes a quién acabo de ver en la calle desde la ventana? Al doctor Honny Harpers.

—¿Estás segura?

—Claro que sí.

—Eso quiere decir que viajó en el tren con nosotros, pero no estaba entre los viajeros. Bob intervino:

—Quizá se escondió entre el carbón.

—O en cualquier otra parte —cabeceó Jim—. Ese tipo nunca me gustó. Pero no debemos precipitarnos.

—Con él iba otro hombre. No le vi la cara, estaba de espaldas, pero yo juraría que era Nelson Ballane.

—Vaya, el untuoso fabricante de licores, el tipo que ofrece recompensas por la captura de delincuentes.

—Se metieron en el hotel de enfrente, el Niágara.

Jim se acercó a la ventana y miró al hotel de enfrente, pero no vio a nadie. Por la calle circulaba muy poca gente.

Llamaron otra vez a la puerta y Bob dio un nuevo respingo.

Jim acudió a la puerta y abrió con las mismas precauciones que antes. En el hueco vio a un mestizo que se cubría con un traje muy usado, sombrero mugriento con una pluma de cuervo. Su cara parecía la de una momia de tan seria. Tenía los brazos cruzados.

—¿Hablo con Jim Latimer?

—Soy yo. ¿Qué pasa, muchacho?

—Le traigo un mensaje.

—Suéltalo.

—Está escrito —sacó un papel de su mugrienta chaqueta.

—Espera ahí —dijo Jim, porque recordó que un amigo suyo fue trinchado mientras leía un mensaje.

Cerró la puerta y leyó en voz alta el papel, que decía así:

> «Tenemos al juez Travers. Si quiere cobrar su herencia, venga aquí. Hotel Niágara, habitación catorce. Sólo queremos cobrar un diez por ciento de la herencia y todos seremos felices. El pacto le conviene, Latimer. Si no acepta, el juez Travers no volverá a dictar una sentencia y usted tendrá que esperar a que nombren un juez sustituto… Y, ¿quién sabe lo que puede pasarles a ustedes y al cuadro durante los días que han de esperar aquí?».

—¡No vayas. Jim! —exclamó Karin.

—Claro que no —dijo Bob, riendo nerviosamente—. ¿Cómo vamos a ir? Nos harían un afeitado en seco.

Jim abrió la puerta y miró al mestizo, que no se había movido una pulgada.

—Diles que estoy de acuerdo. Iré dentro de quince minutos.

El mestizo hizo una inclinación con la cabeza y se marchó por el corredor.

Cuando Jim se volvió hacia sus amigos, los vio con la boca abierta.

—¡Jim Latimer —exclamó Karin—, no habrás dicho en serio eso de que vas a ir…!

Bob soltó un gemido y murmuró:

—Si ha dicho que irá es seguro que va.

—Esto es un atropello —dijo el juez Travers, un hombre de unos sesenta años, calvo, que defendía sus ojos con lentes de alta graduación.

—Cierre el pico, juez, o se la gana —dijo una voz ronca.

Había hablado el hombre que estaba en el fondo de la habitación, sentado a horcajadas en una silla, con un revólver en la mano.

Sonrió a Nelson Ballane y al doctor Harpers, que estaban sentados en el borde de la cama.

—¿Saben que me cargué ya a un juez?

—¿Cuál, Hubert? —preguntó el fabricante de licores.

—El de Yuma. Ocurrió hace un par de años. Me juzgaron allí y me condenaron a la horca. Dejé que llevasen la comedia hasta el último momento, cuando el juez golpeó el martillo dando por terminado el juicio. Entonces, mis cómplices, que estaban escondidos entre los espectadores, se hicieron dueños de la situación. Me apoderé del revólver del *sheriff*, que estaba a mi lado, y dije: «Juez, que el Cielo tenga piedad de su alma». Y le pegué un balazo en plena boca.

—Usted es un asesino —dijo Travers.

—¿Cómo lo sabe, juez?

—Lo acaba de confesar usted mismo. —El juez Travers miró a Nelson Ballane y al doctor Harpers—. Creí que eran ustedes unos caballeros, pero recurren a los más bajos procedimientos aliándose con un tipo de esta categoría.

Hubert Charpy puso el dedo en el gatillo.

—Juez Travers, se está ganando un sitio junto a su colega de Yuma. Deje de decir tonterías, porque me pongo muy nervioso.

El doctor Harpers se aplicó el pañuelo a un ojo.

—Nelson, ¿crees que Latimer vendrá?

—Claro que vendrá. Ese muchacho tiene madera de héroe y no puede permitir que todo un juez sea retirado de la circulación.

Se abrió la puerta que comunicaba con la habitación de al lado y entró un hombre sonriente.

—Jim Latimer acaba de salir del hotel Flower.

Hubert Charpy corrió hacia la ventana y miró a la calle.

—No lo veo, Franckie.

El llamado Franckie fue junto a Hubert.

—Bueno, ya debe haber entrado en nuestro hotel.

—Estúpido, has cometido un error.

—¿Por qué? Me dijiste que debía vigilar el Flower y es lo que hice.

—No debiste moverte de la ventana.

—No te comprendo. Latimer estaba solo y venía hacia aquí.

—Pero no le has visto entrar en el Niágara.

—No, eso no.

Hubert pegó con el cañón del revólver en el pómulo de Franckie.

—Vuelve otra vez a la habitación y no te apartes de ahí. Siempre os tengo que meter las órdenes a golpes. Maldita sea, ¿cuándo vas a tener un poco de seso en la cabeza?

Franckie se pasó el dorso de la mano por el pómulo. Hubert no le había llegado a hacer herida, pero aquel trozo de la cara se le estaba poniendo rojo.

—Perdona, Hubert.

—¡Largo de aquí!

Franckie regresó a la habitación en donde vigilaba.

El juez Travers preguntó:

—¿Qué van a hacer con Latimer?

—¿Quién contesta a Su Señoría? —inquirió a su vez Hubert.

—Yo mismo —dijo Nelson Ballane—. Latimer va a sufrir un accidente, pero le ocurrirá una vez que nosotros hayamos sido reconocidos por usted como herederos de Mike Parrington. Ya sabe, me refiero al doctor Harpers y a mí.

—Es una canallada.

—Deje las leyes a un lado, juez. A usted le da lo mismo dar la herencia a una persona, que a otra. Lo único que estableció Parrington fue que sería su heredero la persona que entregase el cuadro de los sauces. Y Harpers y yo se lo vamos a dar. Con eso cumple su ley y la última voluntad de Mike Parrington.

—Es usted un cínico, señor Ballane.

—Y usted un ingenuo, juez. Ni siquiera conoce a Jim Latimer.

—Pero usted mismo ha confesado que él tiene el cuadro.

—Antes lo tuvieron otras personas. Ha ido de mano en mano. Estaba claro que el cuadro acabaría en las manos del más listo.

—Y ustedes piensan que lo son más que nadie.

—Sí, juez. Ha puesto el dedo en la llaga. El doctor y yo somos los que nos llevamos el premio, porque nos lo merecemos.

Hubert estaba mirando hacia la puerta, esperando que de un momento a otro se abriese dando paso a Jim Latimer.

Jim Latimer entró en aquel momento.

Pero lo hizo por la ventana, convertido en un obús.

Hubert Charpy lanzó un grito y se revolvió para disparar, porque lo había pillado de espaldas.

Jim quedó de bruces en el suelo, pero tenía el revólver en la mano. Hizo fuego con él.

Hubert Charpy escupió un juramento y disparó, pero ya estaba herido de muerte.

Su bala encontró en su camino un cuerpo en el que morder: el doctor Harpers. La bala le entró por el ojo derecho, y eso le produjo un lagrimeo muy intenso, pero él no se dio cuenta, porque estaba muerto.

Nelson Ballane tiró del revólver. Fue más efecto de los nervios que de su valentía, y recibió la posta que se había ganado a pulso.

Dio un extraño ronquido y arrojó sangre por la boca, porque el plomo le había agujereado un pulmón.

Cayó contra el suelo, rompiéndose la cara. Pero no iba a vivir para que las muchachas le llamasen feo. Coleó un poco y quedó inmóvil.

La puerta de la habitación contigua, donde se escondía el espía de Hubert, se abrió de golpe, y Franckie entró repartiendo plomo sin ton ni son.

Jim lo serenó metiéndole una bala por la garganta.

Franckie se quedó muy quieto un instante, y luego se derrumbó hecho un ovillo.

En la estancia se hizo un largo silencio.

El juez Travers estaba inmóvil, con la boca abierta y los ojos desorbitados.

—Cielos, ¿quién es usted? ¿Un discípulo del diablo?

Jim se puso en pie, sonriendo.

—No, Su Señoría —sacó el cuadro de los cuatro sauces y el lago—. Sólo uno de los herederos de Mike Parrington.

Las máquinas de El Cronista de Abilene estaban imprimiendo una edición extraordinaria para dar cuenta de las últimas noticias

respecto a la herencia de Mike Parrington.

—¡Dense prisa! —gritaba Karin—. ¡Quiero que el número se venda dentro de media hora!

Unas manos la atraparon por la cintura.

Era Jim Latimer, quien la besó en la boca por sorpresa.

—Eh, nena, ¿por qué no dejas un poco el trabajo?

—Ahora no; es imposible… Pídeme lo que quieras y lo haré, pero no puedo abandonar el diario…

—Bueno, yo sólo quería casarme contigo y para eso se necesita un poco de tiempo.

—¿Qué has dicho, Jim? —tartamudeó Karin.

—Lo podemos dejar para otro día. Al fin y al cabo, no se va a acabar el mundo… Te veré luego, cuando estés menos ocupada. Karin.

Jim hizo un saludo y salió de la redacción provisional de El Cronista de Abilene.

Karin tenía un montón de periódicos en la mano con la tinta fresca. Dio un grito, los arrojó por el aire y salió corriendo a la calle mientras gritaba:

—¡Espera, Jim…! ¡Me casaré contigo…! ¡Espera, Jim…! ¡Espera!

FIN